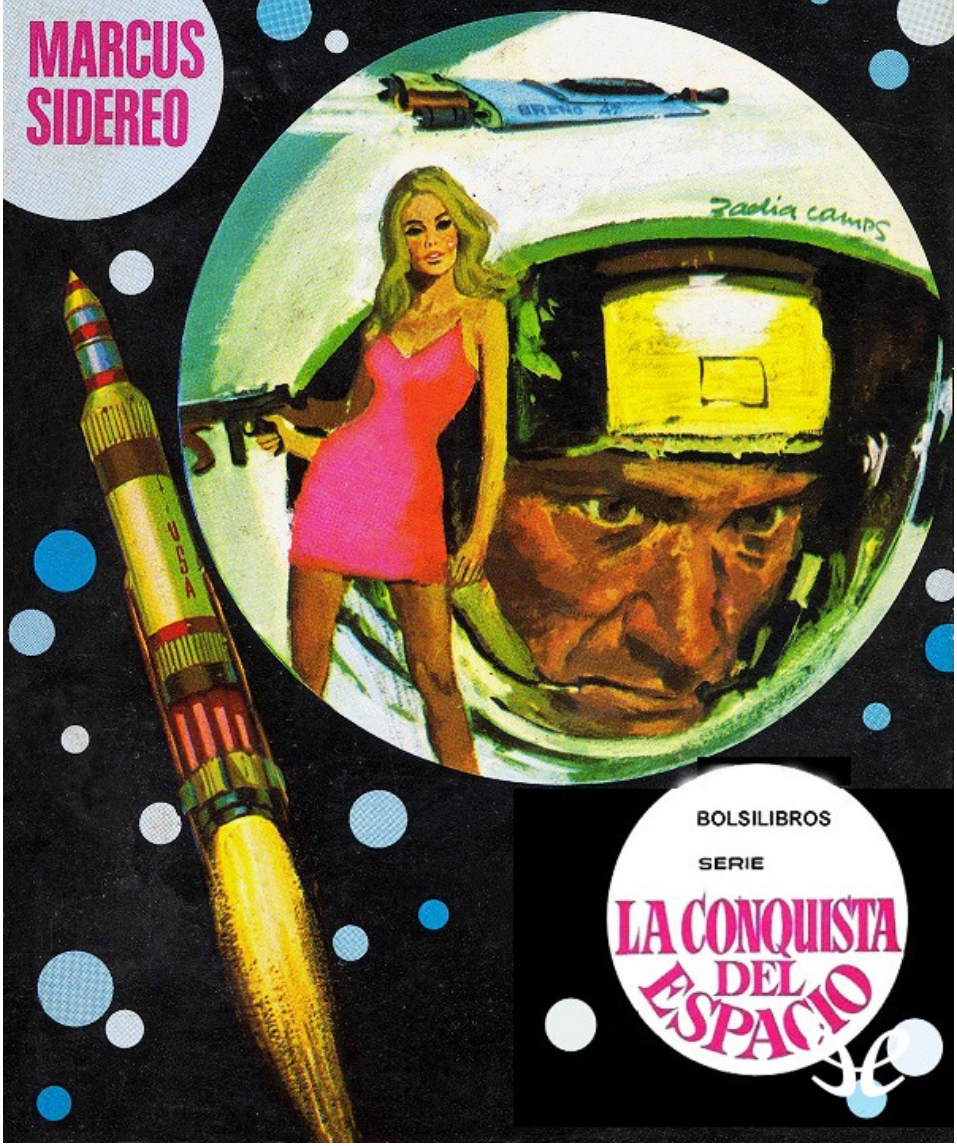
PILOTO DE LA IV GALAXIA

MARCUS SIDEREO



BOLSILIBROS

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

La central respondía, y la voz llegaba perfectamente nítida al fono-receptor.

Seguía la reproducción de los hechos, gracias a lo cual, Breno-47 y su ayudante podían saber lo ocurrido.

Y lo ocurrido era desconcertante, inexplicable, asombroso… Algo superior a lo que hubiesen podido imaginar.

¡Las naves que habían evacuado a la gente se desintegraron en vuelo!

¡Es horrible, Tasso! Han muerto todos… murmuró Breno-47.

Marcus Sidereo

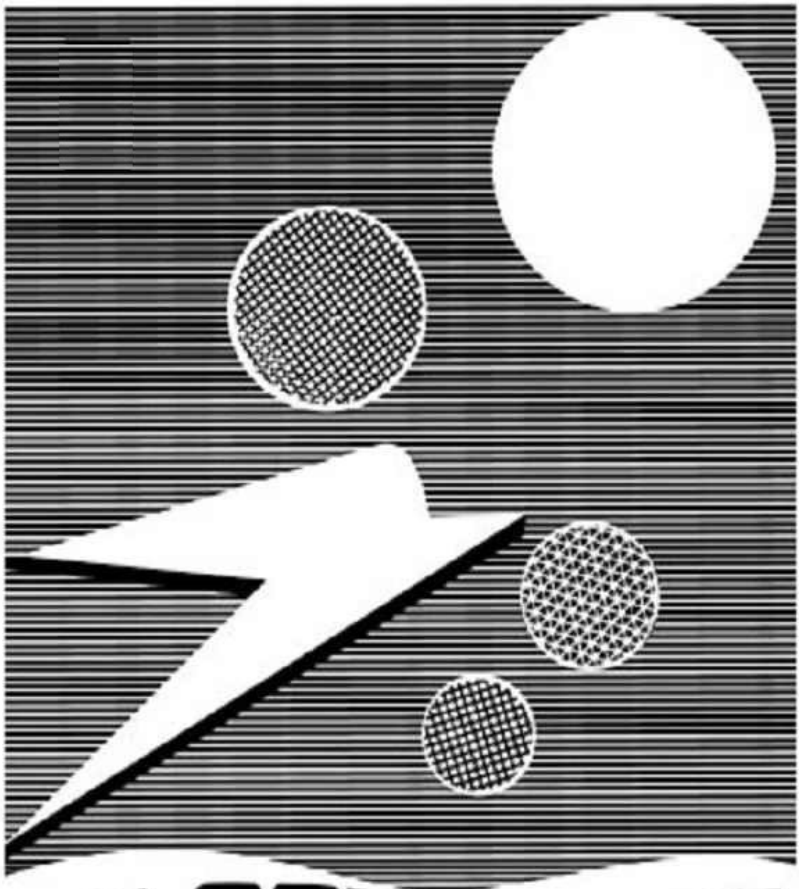
Piloto de la IV galaxia

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 7

ePub r1.0
xico_weno 04.09.15

Título original: *Piloto de la IV galaxia*
Marcus Sidereo, 1970

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Aquí Breno-47! ¡Aquí Breno-47 llamando a central!

A través del fono-receptor de la radio de la nave espacial, el piloto captó la respuesta:

—Central a la escucha.

El piloto siguió:

—Breno-47, patrullando por demarcación
K-II
. Todo en orden.

—Bien, Breno-47. Informe captado.

—¿Puedo regresar a la base?

—Espera, Breno-47. Hay una misión para ti.

—Escucho, central.

—Dirígete a Filmor, para recoger a dos pasajeros. Es un caso de emergencia. En cuanto hayan subido, tráelos inmediatamente a la base.

—¿Eso es todo?

—Sí; es todo, Breno-47.

El piloto Breno-47 cerró el conmutador y puso inmediatamente el rumbo apropiado para dirigirse al destino que le habían ordenado.

Una vez la nave tomó el nuevo rumbo, en medio del espacio iluminado por las radiaciones de la luz solar.

Breno-47 colocó el piloto automático y se volvió hacia su compañero y ayudante, Tasso.

—Ya lo has oído. Ahora hacemos ya hasta de pilotos de servicio público. ¡Un caso de emergencia! Apostaría que son amigos de uno de los jefazos.

No había rencor ni desdén, ni siquiera mal humor en el comentario de Breno-47. Era, simplemente, la expresión agria de quien, como jefe de patrulla de vigilancia, es rebajado

automáticamente a piloto de servicio público, que en el sistema de la IV galaxia de Andros equivalía a un rango muy inferior.

Tasso, como ayudante, ni pinchaba ni cortaba demasiado. Él recibía las órdenes directas de Breno-47, y ambos, desde que el propio Breno-47 le solicitó como ayudante, se habían llevado a las mil maravillas.

—Es divertido navegar en este mar de estrellas —dijo Tasso.

—Cuando lleves el mismo tiempo que yo manejando un trasto de éstos, ya estarás cansado. Siempre es lo mismo. Uno acaba por aburrirse.

—¿Y qué se puede ser, después de piloto de patrulla?

—¿No conoces el escalafón? —murmuró, extrañado, Breno-47.

Tasso sonrió, como disculpándose.

—Bueno —explicó Breno-47—. Uno se pudre conduciendo el trasto hasta que le nombran candidato a jefe de escuadra, pero ahora ya nadie se preocupa de esto. Los jefes de escuadra sólo entran en funciones para casos de guerra, y desde hace tres generaciones que todos se han olvidado de lo que esta palabra significa.

—¡Que dure! —exclamó Tasso.

—¡Oh, claro! Pero yo pienso que el mando está cometiendo un error, descuidando la defensa. Vivimos como hace tres generaciones, y la mayoría de nuestras armas y de nuestros sistemas son anticuados.

—Pero ¿de qué serviría renovarlos? Nadie quiere luchar. Dentro de otra generación, volverían a estar anticuados, y se habría hecho un gasto y un trabajo inútil.

—Yo opino que los jefes se están durmiendo sobre los laureles de sus antepasados.

Entonces, el fono-receptor automático emitió una voz:

—Tendremos en cuenta su valiosísima opinión, piloto-patrulla Breno-47.

—¡Atiza! ¡Estaba abierta! —exclamó por lo bajo Breno-47.

Iba a decir algo, aunque no sabía exactamente qué excusa dar, cuando la voz volvió a oírse:

—Aparte de sus ideas sobre los jefes, procure ir lo más rápidamente posible. Es muy importante que esos señores que tiene que recoger en Filmor lleguen de prisa. Es un asunto muy urgente.

—¡A la orden, señor! —replicó Breno-47, al reconocer la voz grave y fría del jefe de escuadra Trudok-B.

Cerró la conexión y murmuró:

—Nada menos que Trudok-B. Está visto que ni siquiera en el espacio uno puede estar solo. Hay oídos por todas partes.

Volvióse hacia el visor delantero de la pequeña nave de seis plazas, y observó el impresionante panorama, que, por demasiado visto, ya no hacía el menor efecto en el joven, pero ya veterano piloto de patrulla.

Pienso que algún día nos van a dar el retiro. La policía del espacio ya no es necesaria. Todo está en calma. Puede verlo cualquiera.

—¿Has dicho en calma? —murmuró Tasso, que había puesto los ojos en la pantalla reproductora de imágenes a distancia, instalada sobre el cuadro de mandos de la nave.

—¿Qué pasa?

—Mira esto.

En aquellos momentos, la pantalla reproducía una sucesión de estallidos y un fuego devastador, envolviendo toda la imagen.

En algún lugar de la galaxia bajo control Andros se estaba produciendo una catástrofe de gigantescas proporciones.

—¿Qué sitio es éste?

Junto a la pantalla había un número. Era el que correspondía al lugar donde estaba ocurriendo el desastre.

—Es el

2-4-1

—deletreó Tasso.

Rápidamente, Breno-47 accionó un botón del pequeño cerebro electrónico, para que en la pantalla de las equivalencias descifrara qué planeta respondía a la clave

2-4-1

.

Casi instantáneamente, en la pantalla del cerebro se reprodujo el nombre:

Jun-Gan

.

—¡Planeta

Jun-Gan

! —exclamó Breno-47, asombrado.

—¡No puede ser! —arguyó Tasso, con mirada incrédula.

El piloto pulsó un botón, y maniobró en una manivela. En la pantalla se formuló la pregunta: «Posible error. Insisto. Clave
2-4-1
».

La respuesta volvió en el acto.

«Planeta
Jun-Gan
», y a continuación, una aclaración del «cerebro»: «No hay error».

Breno-47 cortó la frecuencia del «cerebro» y murmuró:

—No es posible.

Jun-Gan
es el planeta más pequeño, pero el más importante de todos.

Tasso estaba igualmente consternado.

—Debo informar a la central —añadió Breno-47.

Pensaba en la importancia de
Jun-Gan
. Destinado únicamente a investigación. Allí estaba centralizado el más gigantesco de los laboratorios. Todo el pequeño planeta era un campo experimental, y los científicos, doctores y técnicos vivían allí con sus familias.

Algo tenía que haber fallado.

La pantalla reproductora quedó a oscuras. Era como el anuncio de que en
Jun-Gan
no quedaba absolutamente nada.

CAPÍTULO II

—Aquí Breno-47, llamando a central.

Breno-47 insistió tres veces, sin recibir la señal de recepción.

—¿Qué diablos ocurre? —exclamó Tasso.

Breno-47 dejó de llamar.

—Está bien claro, Tasso.

Su ayudante pestañeó.

—Sí, Tasso. ¿De dónde procede nuestra fuente de energía? —Sonrió el jefe de patrulla.

—¡De
Jun-Gan
! —dijo, al fin, recordando.

—Exactamente, Tasso. El planeta-laboratorio ha desaparecido. Ahora, tendremos que arreglárnoslas nosotros. Estamos fuera de control.

Al decir esto, accionó los mandos para poder dominar la nave por sus propios medios.

Cambió la intensidad del combustible, y la nave pareció renquear, pero siguió su marcha.

—Lo he conseguido. Pero dudo que tengamos combustible suficiente para regresar. A menos que en Filmor puedan suministrarnos el necesario.

—¿No sería más prudente regresar? —inquirió Tasso.

—No. No llegaríamos. Éste es un vuelo de patrulla a larga distancia. El combustible de emergencia sólo nos permitirá llegar hasta Filmor. Y ahora estamos más cerca de Filmor que de Trudok-B.

—Una bonita situación —replicó Tasso, malhumorado.

—Bueno. Esto es lo que da interés a nuestro trabajo… —Breno-47 calló un momento, para añadir luego—. Lo que me preocupa es lo de

Jun-Gan
. Había muchas familias allí y, por lo que hemos visto, no creo que se haya salvado ninguna.

—En Trudok-B deben estar enterados.

—Sí. Se habrán dado cuenta de que las naves patrulleras han dejado de transmitir, como nosotros.

—¿Crees que corremos peligro?

—Tasso, eres un novato. ¡Claro que corremos peligro!

—¡Y lo dices tan tranquilo!

—¿Crees que serviría de algo perder el dominio? —Sonrió—. Después de todo, somos policías del espacio. Estamos haciendo un servicio…

La aparente tranquilidad del jefe de la nave suavizó los ánimos de Tasso que, colocado a su lado, observaba a través del amplio visor de la nave.

—¿Seguimos bien el rumbo? —inquirió.

—Sí.

Breno-47 manipuló en los mandos de la recepción de señales, y la pantalla siguió a oscuras.

Pulsó un botón del tablero del cerebro electrónico.

«Control automático», fue la petición.

El «cerebro» ratificó la petición, y en la pantalla apareció: «Control automático».

Inmediatamente, la pantalla emitió unas señales de recepción de imagen.

—Funciona… —musitó Tasso.

—Sí. Me gustaría localizar el planeta
Jun-Gan
…, lo que quede de él.

Colocó el piloto automático, y dedicó su atención a los mandos de la pantalla.

Líneas horizontales continuas impedían la visión.

—Estamos demasiado lejos —murmuró Tasso.

—Pero se puede captar la imagen. El automático funciona.

Tasso asintió, mientras Breno-47 insistía en el manejo de los mandos.

Poco a poco, las rayas horizontales desaparecieron para dar paso a una masa deforme.

El aspecto que ofrecía la imagen era el de una bola convertida en líquido… o algo parecido.

—¡Lava! —exclamó Tasso.

—Sí. Eso parece.

—

Jun-Gan

se ha convertido en un volcán.

—No se habrá salvado nadie de la catástrofe… —musitó Breno-47.

La imagen de la pantalla seguía invariable…, hasta que llegó una voz por el fono-receptor del aparato.

—K… K… K…

—¡Tres K seguidas! Esto equivale a una señal de socorro —exclamó Tasso.

Sin replicar palabra, Breno-47 cambió el rumbo de la nave.

—Es peligroso, Breno-47. Mira el oscilador de peligros. Está al máximo. Ésta es una ruta condenada —dijo Tasso.

—Alguien necesita ayuda.

—Sí, pero… No podremos facilitársela. Si cruzamos la barrera, seremos nosotros quienes precisaremos ayuda.

El fono-receptor seguía emitiendo:

—K… K… K…

Breno-47 no dudó ni un momento en mantener el ritmo.

La nave se dirigió derecha hacia el planeta volatilizado.

—Es una locura, Breno-47 —advirtió Tasso.

—¿Tienes miedo?

—¡Oh, no! —exclamó Tasso, sonriendo forzadamente.

Miedo era una palabra que un miembro de la IV galaxia de Andros no podía admitir en su vocabulario…, al menos en teoría.

—La misión de un policía de la patrulla espacial es, ante todo, la de ayudar a quien lo necesite, y en

Jun-Gan

hay alguien que solicita ayuda…

—Sí, desde luego —admitió Tasso.

La nave, en medio del universo sin límite, marchaba a toda la velocidad que le permitía su sistema propulsor.

La azulada claridad que emanaba del sistema solar, que, aún oculto, alumbraba el espacio, permitía ver los lejanos planetas que

brillaban en la lejanía y los satélites sin vida, que reflejaban la luz que recibían de los astros mayores.

La nave describía una estela que se difuminaba apenas emergía de la cola del aparato.

A medida que se acercaban al planeta en llamas, la imagen de la pantalla se hacía más perceptible, pero a la vez menos «visionable». Toda parecía una masa deforme, envuelta en una neblina.

La llamada de auxilio K… K… K…, seguía registrándose.

—Comprueba distancia —ordenó Breno-47 a su ayudante.

Tasso maniobró en el control e informó:

—Seis puntos. Entramos en la zona de atracción.

Breno-47 puso todos sus sentidos en los mandos del aparato, y su mirada estaba fija en el visor.

Tomando el micrófono, habló:

—Aquí Breno-47, en patrulla por el espacio. Contesten
Jun-Gan
… Captada señal de socorro. Me dirijo hacia el planeta… Contesten.

La respuesta fue invariable. K… K… K…

—Necesitamos lugar para tomar contacto. ¿Es posible?

La respuesta se hizo esperar varios momentos. Al fin, una voz entrecortada, pero recia, replicó:

—Aquí profesor Ember. Único superviviente. Piloto helio-nave. No tengo combustible.

—Mensaje recibido, profesor Ember. Indique lugar exacto —replicó Breno-47.

—Tabla coordenadas.
B-58
. Tabla coordenadas. Punto
B-58
.

—Comprendido, profesor Ember. Allá vamos.

Tasso estaba buscando en las coordenadas la posición indicada por el profesor Ember, a través del fono-receptor.

A continuación, la voz del profesor emitió un nuevo mensaje:

—Zona muy peligrosa… No pueden acercarse… Salgo de la helio-nave. Tengo oxígeno limitado.

Dio la máxima presión a los moto-propulsores, y la nave aumentó la velocidad al máximo.

—Si no reventamos ahora, no reventaremos nunca —dijo Tasso, que ya empezaba a habituarse al peligro.

—Ese hombre es muy importante, Tasso —replicó el jefe de la nave patrullera—. Es el único superviviente, y su información puede ser muy valiosa…

Durante un buen rato, los dos jóvenes permanecieron en silencio.

Los puntos de control de la nave indicaban desde hacía buen rato que la navegación espacial se estaba efectuando por zona peligrosa.

—¡Allí está! —gritó Tasso, al ver al hombre que flotaba con la escafandra—. Debe ser el profesor Ember.

—Mantén el rumbo, Tasso. Voy a salir.

—Ten cuidado, Breno-47 —advirtió su ayudante.

—No te preocupes… Pero si ocurriera algo, pon rumbo a Filmor. Hay combustible aún para llegar hasta allí. Informa de lo ocurrido.

Breno-47 se dispuso a salir del paréntesis metálico de la nave.

La escafandra y el pequeño balón de oxígeno y la cuerda de fibra eran los únicos instrumentos válidos para el forzado paseo espacial.

El profesor Ember flotaba en la inmensidad del cosmos. El pequeño depósito de carburante de emergencia estaba agotado, y las toberas habían quedado completamente inservibles.

CAPÍTULO III

Breno-47 sujetó al profesor. Atándole junto a él con el cabo de la cuerda.

Desde el interior de la nave, Tasso maniobró de manera que salvador y salvado pudieran alcanzar el vehículo espacial.

La tarea fue bastante penosa, y Tasso se preocupaba por el combustible que se estaba «tirando», al mantener la nave «anclada» en el espacio.

No era posible dejarla flotar porque perdería el rumbo y podría desplazarse a una distancia infinita; por tanto, era necesario permanecer en el lugar.

Tasso mantuvo la posición hasta que piloto y profesor consiguieron llegar y pasar al interior.

El rescatado parecía exhausto.

Cuando Breno-47 le quitó el equipo, y procedió a extraerle la escafandra, Tasso se volvió.

El jefe de la nave cambió una mirada con su ayudante, cuando la escafandra quedó en sus manos.

El rostro del profesor era una llaga viva.

—¡Se ha abrasado! —exclamó Tasso.

—Busca en el botiquín de urgencia. Tiene quemaduras graves. Necesita una buena dosis de pomada.

—No malgasten sus provisiones —murmuró el profesor—. Lo mío ya no tiene arreglo.

—No se mueva, profesor —replicó Breno-47.

Le había acomodado en uno de los sillones cama de la nave. El profesor permanecía inmóvil.

Tasso, que había puesto el piloto automático, buscó en el botiquín, y extrajo el bote de pomada especial para las quemaduras graves.

Poco después, Breno-47 embadurnaba el rostro del profesor

Ember, advirtiendo que el resto del cuerpo ofrecía idénticas características.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Qué ha pasado, profesor Ember?

—Es la nueva fórmula, Breno-47… Algo perfecto un arma implacable.

—¿Trabajaban en una nueva arma?

—Sí… Pero quizá, para bien de todos ha sido mejor lo que ha sucedido.

—Pero… Todos han muerto.

—¿Qué importan unas vidas, Breno-47, a cambio de la catástrofe que hubiera podido producirse, si un artefacto como el que llegamos a idear cae en manos de un ser sin escrúpulos? La galaxia entera podría quedar reducida a cenizas en breves momentos.

Hizo una pausa y añadió:

—¡Y ese loco existe! Debe usted evitar que el invento pueda producir lo irreparable.

—¿Un loco?

—Sí, Breno-47… Intenté hablar con la central, pero fue inútil. Usted es la primera persona con vida que encuentro, desde que escapé de
Jun-Gan
… Y sobre usted pesa la responsabilidad de capturar al ser sin escrúpulos que se ha apoderado de nuestro descubrimiento.

—¿Quién es, profesor Ember?

—Lo único que se sabe de él es que pertenece a otra galaxia. Llegó hasta nosotros como un vagabundo del espacio. Dijo que era profesor. Por mediación de un códice inter-espacial logramos entendernos, y le admitimos, mientras los técnicos estudiaban su nave para repararla y dejarla a punto, a fin de que pudiera proseguir su viaje y regresar a su habitáculo…

El profesor hizo una pausa. Indudablemente, el hablar le fatigaba, y aquellas quemaduras torturaban todo su cuerpo, convertido en una llaga viva.

Breno-47 esperó a que su interlocutor prosiguiera.

Tasso, atento a la marcha de la nave, de nuevo dirigida por él, no perdía palabra de todo cuanto estaba relatando el profesor Ember, que prosiguió seguidamente:

—Ninguno de los que trabajábamos en el nuevo experimento pudimos suponer las intenciones de nuestro protegido… Fue cuando descubrimos la fórmula. Experimentamos con una molécula, y comprobamos que aquella insignificancia destruyó nuestro «desierto de pruebas». Aquello era terrible. Si una partícula invisible era capaz de producir tales destrozos, empleada en gran escala, sus efectos serían fulminantes.

Una nueva pausa y un jadeo. Cada vez le resultaba más difícil al profesor poder seguir su relato.

Sin embargo, como si él mismo comprendiera que tenía que decirlo todo, antes de que fuera demasiado tarde, hizo un esfuerzo y prosiguió:

—Decidimos que sería mejor silenciar el descubrimiento hasta que diéramos con la mezcla necesaria para reducir a un límite racional su alto poder destructivo, pero entonces intervino ese individuo… Ese loco.

Una tos obligó a Ember a efectuar una nueva pausa.

—Descanse, profesor.

—No, Breno-47. No tengo mucho tiempo. Lo sé.

Breno-47 guardó silencio y esperó.

Ember continuó:

—Ese loco se apoderó de la fórmula y, antes de que pudiésemos evitarlo, salió con su nave. Nuestros técnicos la habían arreglado.

—¿Y fue él quien destruyó el planeta? —inquirió el piloto.

El profesor asintió:

—Sí… Se llevó una pequeña muestra. Era en forma de cápsula, y podía aplicarse a una de nuestras pistolas de rayos Láser N.

La ya vieja teoría de la amplificación de luz mediante la emisión estimulada de radiación ([1]), principio del rayo Láser, había sido superada, y la radiación luminosa monocromática que al atravesar una sustancia conveniente, multiplicaba su intensidad por el estímulo recibido del generador de tensión, sirvió de base para nuevas pruebas que, entre otras aplicaciones de uso científico, sirvió también para llegar a la fórmula del Láser N., que aplicado a las armas correspondientes actuaba como rayo mortal.

Según el profesor, la nueva fórmula del arma definitiva podía ser utilizada en una pistola corriente, pero sus efectos resultaban catastróficos. Definitivos…

—Intentamos impedirle la marcha, y entonces utilizó la pistola —concluyó el profesor.

—¿Quiere decir que con un disparo de pistola bastó para…?

—Para terminar con todo el planeta —asintió el profesor.

Tasso quedó estupefacto, y Breno-47 imaginaba el alcance de lo sucedido.

—¿Y ese individuo…, conoce la fórmula?

—Sí… Tenemos motivos… Bueno…, quiero decir que tengo motivos para creer que robó la fórmula. Y la ligera ventaja que podamos tener sobre él está en que carece de los medios para poder construir el arma. Pero, indudablemente, descubrirá dónde puede conseguir los ingredientes, y entonces estará en posesión del artefacto más temible que jamás haya podido inventarse.

El profesor apenas podía hablar, no obstante, aún añadió:

—Persígale, Breno-47… No hay tiempo que perder.

—Apenas tenemos combustible, profesor, y ni siquiera sabemos hacia dónde ha ido ese hombre.

—Sólo hay un sitio hasta el que puede llegar, con la reserva de combustible de su nave —replicó Ember.

Explicó que el vehículo espacial del hombre había sido arreglado según las normas de Andros, por lo que la nave debería funcionar con la energía de generadores del sistema de la IV galaxia, llevando consigo el combustible de emergencia, igual que las naves corrientes.

—Con la explosión de
Jun-Gan
, el hombre habrá tenido que hacer uso de ese combustible —siguió el profesor.

—Comprendo. Está igual que nosotros.

—Sólo ha podido llegar hasta Alterland.

—Alterland… Déjeme pensar…

Tasso ya estaba buscando en el mapa.

—¡Aquí está!

Pasó el mapa a su jefe, y Breno-47 hizo un descubrimiento importante:

—Esto queda cerca de Filmor. Es justo donde nos dirigimos.

—Yo tal vez no llegue con vida —repuso el profesor—, pero usted debe hacer lo que pueda para alcanzar a ese individuo…

Destrúyalo, Breno-47. Destrúyalo para bien de todos…

Y en la nave se hizo un gran silencio. La misión era, en verdad, urgente. Muy urgente.

CAPÍTULO IV

Estaban a la vista de Filmor. El profesor trazó un retrato robot del hombre que se había apoderado de la fórmula destructiva, y pronunció un nombre:

—Korka.

Ésta fue su última palabra.

Las radiaciones de emergencia para estimular su corazón fueron nulas.

Había dejado de existir, y el diagnóstico bien podía ser a causa de las quemaduras recibidas.

Cuando la nave se posó en la pista de Filmor, la pantalla luminosa de avisos del campo de toma de contacto advirtió:

—«Salgan con escafandra».

El aviso sólo podía ser debido a peligro de radioactividad.

El detector de la nave funcionó accionado por Tasso, y en la pantalla del control correspondiente se iluminó el tanto por ciento.

—¿Qué diablos ha podido ocurrir? No nos habían advertido —murmuró Breno-47.

—¿Qué hacemos con el profesor?

—Tenemos que llevarlo al incinerador, pero primero hay que informar de su muerte.

Se enfundaron las escafandras y los trajes aislantes y, seguidamente, descendieron del vehículo.

El campo estaba desierto, y la torre de control para el despegue y toma de contacto de las naves y helio-bólidos parecía un lugar completamente abandonado.

Breno-47 y su piloto caminaron con paso firme, mirando por los respectivos visores de sus escafandras.

Nadie. Ni un ser viviente.

Al llegar junto a la puerta de plancha metálica, comprobaron que estaba herméticamente cerrada.

Las llamadas de nada sirvieron.

Breno-47 indicó a su ayudante:

—Ve a la nave, y ordena al «cerebro» que abra.

Tasso asintió.

Para casos de emergencia, el cerebro electrónico de cada nave patrullera disponía de medios para abrir, con control remoto, todas las puertas construidas con el sistema *standard* de mandos para su apertura y cierre.

Tasso se dio prisa, como si le incomodara hallarse en aquel lugar que parecía deshabitado.

Al llegar a la nave, se quitó los guantes para manipular los controles del pupitre del cerebro electrónico.

Momentos después, en una de las pantallas aparecía la clave, y, en seguida, la puerta del edificio cedió.

La plancha metálica se descorrió hacia un lado, y Breno-47 se dispuso a entrar.

La gran sala o vestíbulo estaba tan desierta como el exterior.

Breno-47 subió la escalinata metálica hasta el primer piso.

Tampoco allá había nadie.

Las distintas oficinas, manejadas por «cerebros», pero controladas por un encargado, estaban inmóviles.

Los característicos ruidos de las máquinas al transmitir claves, dar resultados, emitir órdenes o cotejarlas, se hallaban en paro total.

No había encargado alguno.

Tasso llegó, jadeante.

—¿Qué pasa aquí? —murmuró a través del micro interior de la escafandra que pasaba su voz a través del casco para que su compañero pudiera oírle.

—No lo sé. Y esto es bastante extraño.

—¿Y esos dos pasajeros que debíamos recoger? —Siguió Tasso.

—Tampoco lo sé.

—¿Crees que esto pueda tener relación con ese loco del que nos habló el profesor?

—Tal vez. Pero me gustaría echar un vistazo. Vamos al elevador.

Siguieron por un amplio corredor metalizado hasta llegar a la primera de las plataformas elevadoras.

Montaron y pulsaron el botón correspondiente, pero en seguida,

se dieron cuenta de que no funcionaba.

Utilizaron la escalera para subir a las distintas plantas.

Era un total de quince pisos. En cada uno de ellos, normalmente, se desarrollaba una actividad concreta, pero todo permanecía paralizado, inmóvil, sin personal.

Cuando llegaron a la sección de transmisiones, Breno-47 intentó entablar contacto con la central.

Fue completamente inútil.

Desde la acristalada torreta, podían verse los hangares.

—Vamos, Tasso. Tomaremos un helio-bólido, para inspeccionar la ciudad. Quiero saber lo que ha ocurrido.

Salieron del edificio.

Por medio del «cerebro» de la nave, pusieron en movimiento una de las puertas de los hangares.

Breno-47 y su ayudante subieron a un helio-bólido, con combustible suficiente para dar un vuelo de inspección por toda la ciudad.

El jefe de patrulla accionó los mandos de la radio para transmitir un mensaje a «quien pudiera oírle».

—Aquí Breno-47, de planeta Monitor, Breno-47, llamando a quien pueda escuchar… Contesten…

Esperó unos instantes, pero la respuesta no llegó.

Breno-47 insistió en la llamada.

Tasso se mantenía expectante.

El helio-bólido volaba sobre las cúpulas de los edificios de la ciudad pionera del planeta Filmor.

Más allá podían verse las zonas desérticas y el horizonte.

La pequeñez de Filmor hacía que el horizonte fuese relativamente cercano a los ojos.

—Aquí Breno-47… Pido información. Contesten…

Una de las luces del aparato de radio indicó que una estación parecía estar a la escucha.

La diminuta luz roja era una prueba.

—Es la estación de radar de la parte norte —dijo Tasso, consultando el plano indicador.

Breno-47 puso rumbo a la estación correspondiente a la luz roja.

El rápido desplazamiento del helio-bólido permitió al aparato, en breves momentos, posarse en la azotea del edificio.

Los dos hombres saltaron sobre la metalizada plataforma, y se dirigieron rápidamente a la puerta que comunicaba con el interior.

Estaba abierta.

Tasso anunció que ya había puesto el «cerebro» en funcionamiento para poder franquear todas las entradas.

Un conmutador de bolsillo, accionado por control remoto, servía, pues, gracias al «cerebro» que actuaba como piloto, para abrir las puertas *standard*.

El interior del edificio estaba desierto; sin embargo, podía escucharse la señal de una onda en funcionamiento.

Bajaron rápidamente hasta llegar a la planta de donde procedía el sonido.

En la mesa control no había nadie. La habitación, grande y rectangular, con escasos aparatos, estaba dominada por el gran tablero, donde se hallaba conectado un micrófono que daba la sensación de que alguien hubiese olvidado cerrarlo.

—La señal procedía de aquí, pero tampoco hay nadie —dijo Breno-47, cogiendo el aparato.

Miró a una de las pantallas, y vio que el conmutador estaba conectado.

—Tal vez el operador lo dejó así expresamente, intentando dar una señal a quien pudiese oírla.

—¡El repetidor! —exclamó Tasso.

Breno-47 asintió.

Manipulando uno de los mandos, consiguió que la pantalla se iluminara.

Todas las noticias transmitidas o cualquier cosa que se hubiese dicho por aquel micrófono, podía reproducirse como si estuviera grabada en un viejo magnetófono, sólo que, además de la voz, surgía la imagen, reproducida por un sistema automático del antiguo procedimiento del «Video-Tape».

La voz del operador comenzó a oírse a través del reproductor, mientras en la pantalla podía verse, en perfecta formación de vuelo, varias naves de Filmor.

«—La situación es grave —informaba una voz, en una de las naves.

»—Mantenga el rumbo —replicaba la voz del «radio».

»—No es posible. Algo falla en el sistema de inducción —replicó

el piloto.

»—Ponga el automático —instruía la voz del «radio».

»—Es inútil. Debo tomar contacto inmediatamente».

La voz del «radio» calló. La nave piloto de la escuadrilla enfiló el regreso. Su maniobra fue perfecta, sin embargo y a través de la pantalla, que estaba reproduciendo algo acaecido con anterioridad, Breno-47 y Tasso pudieron ver con ojos asombrados, cómo la nave estallaba en el aire, desintegrándose. Todo quedaba reducido a polvo.

Las demás naves componentes de la escuadrilla corrían la misma suerte.

Con voz acorde con las circunstancias, el locutor daba cuenta de lo sucedido, añadiendo:

«—Son las últimas naves, señor… Sólo nos quedan los helio-bólidos».

Otra voz respondía:

«—Avise al planeta Monitor».

La pantalla reflejó la imagen del hombre que había hablado. Breno-47 le reconoció:

—Es el intendente Spyrus. El hombre más importante de Filmor. Quisiera saber dónde está… Dónde están todos.

En la pantalla, las imágenes seguían, y también la voz del locutor, cada vez más apremiante:

«—Filmor llamando a central. Filmor llamando a central. Es urgente… Hemos evacuado a la gente. Asunto grave, radiaciones desconocidas invaden nuestra atmósfera…».

La central respondía, y la voz llegaba perfectamente nítida al fono-receptor.

Seguía la reproducción de los hechos, gracias a lo cual, Breno-47 y su ayudante podían saber lo ocurrido.

Y lo ocurrido era desconcertante, inexplicable, asombroso… Algo superior a lo que hubiesen podido imaginar.

—¡Las naves que habían evacuado a la gente se desintegraron en vuelo!

—¡Es horrible, Tasso! Han muerto todos… —murmuró Breno-47.

CAPÍTULO V

La sensación de estar solos en el planeta, y hasta en toda la galaxia, se acentuaba por momentos.

La explicación estaba bien clara. Las últimas palabras reproducidas eran de una claridad meridiana:

«—No puedo continuar, señor», había dicho la voz del locutor.

Spyrus, desde su despacho, replicaba:

«—Póngase un traje y una escafandra, la atmósfera contaminada ha pasado dentro de los edificios. Deje la radio abierta para que sepan que estamos a la escucha…

»—Sí, señor…

»—¿Ha conseguido contacto con la central?

»—Sí, señor.

»—¿Qué han dicho?

»—Que mandarán una de sus naves de patrulla.

»—¿Ha explicado cuál es la situación?

»—Sí, señor… Dije que solamente quedábamos dos persona, usted y yo».

Y eso era todo.

El registro de la conversación quedó cortado, y la pantalla, aunque iluminada, ya no reflejó nada más.

Fue esto, sin duda, lo último que quedó registrado ya nadie más ha vuelto a hablar.

De nuevo en la terraza, cerca del helio-bólido, Tasso musitó:

Los dos pasajeros que debíamos recoger eran el locutor y Spyrus.

—Sí… Y me gustaría saber adónde están.

El nuevo vuelo del helio-bólido sobre la ciudad no arrojó ninguna nueva luz.

Sabían que la ciudad tenía que estar desierta, pero los dos hombres debían aguardar en algún sitio para ser rescatados, pero… ¿estarían vivos?

—¿Dónde puede refugiarse una persona, en caso de peligro de contaminación de atmósfera, Tasso? —pregunté Breno-47, reflexionando.

—En las catacumbas… —apuntó Tasso.

—En eso estaba pensando —repuso Breno-47.

* * *

De lo que fue antigua ciudad, habitada por miles de generaciones anteriores, sólo se habían conservado aquellos espaciosos subterráneos, que se descubrieron al perforar el suelo para hacer los sótanos de un edificio.

Lo que pareció en principio una simple cueva, pronto se supo que constituía una enorme galería bajo los edificios de la ciudad monitor de Filmore, que recorría casi todo el perímetro, por un sistema de pasadizos y salas abiertas en la tierra, a veces, y otras, en piedra viva.

Con las nuevas técnicas se habían modernizado, aunque en lo fundamental se había conservado exprofeso el cariz remoto de aquellas construcciones, efectuadas por una civilización de edad incalculable.

Breno-47 y Tasso descendieron nuevamente del helio-bólido para penetrar en las catacumbas.

Lo hicieron a través de un edificio, en cuya planta baja arrancaba la escalera que conducía a la entrada principal de las galerías.

—Parece el único lugar seguro —dijo Tasso.

—Nos consideramos los más adelantados, y tenemos que utilizar lo que construyeron gentes de civilizaciones extinguidas, de los que nada sabemos.

Se metieron por la cavidad, después de abrir una de las puertas metálicas, que ajustaba perfectamente entre las piedras del portalón.

Como no había luz para iluminar las galerías, debido a la paralización de la central distribuidora de energía, utilizaron las linternas
Láser I
.

En otra de sus gamas, el diminuto rayo producía luminosidad

suficiente y continuada para explorar cada rincón de aquel reducto subterráneo.

Llevaban recorridos un par de pasadizos, cuando hasta ellos llegó una voz lastimera.

—¡Por ahí! —indicó Breno-47.

Momentos después, piloto y ayudante estaban ante un hombre, al que parecía faltar la respiración.

Se inclinaron para ayudarle. Breno-47 le ayudó a apoyarse contra la pared, mientras preguntaba:

—¿Podemos hacer algo por usted?

—Debe ser el piloto de la nave que nos envía central —dijo el hombre—. ¡Lástima que llega demasiado tarde!

—Vendrá con nosotros. No se preocupe. En cuanto hayamos repostado, emprenderemos el regreso… Pero ¿dónde está el otro?… Según las órdenes, debíamos recoger a dos… Usted debe ser el locutor.

El moribundo asintió:

—Sí. Pero no se tomen ninguna molestia… Sé que nada puede salvarme. Estoy envenenado… Es la atmósfera. Demasiado tarde.

—¿Y Spyrus? —preguntó el piloto jefe.

—Sálvenle, si pueden. Sé que trabaja desesperadamente para conseguir una solución… Es posible que todo sea inútil.

—¿Dónde está?

—En los talleres del laboratorio auxiliar. Pueden llegar a través de las catacumbas y, por lo que más quieran… No se expongan a la contaminación del aire. No se quiten para nada los trajes ni las escafandras.

—¿Encontraremos combustible? —Quiso saber Breno-47.

—No lo sé. Ya no sé nada. Tendrán que arreglárselas como puedan… Yo no sé nada…

Al pronunciar las últimas palabras, los ojos del locutor quedaron inmóviles. Una convulsión pareció recorrer todo su cuerpo. Ya no dijo nada más.

—Ha muerto —murmuró Tasso.

—Sí. Vayamos a ese laboratorio —terció Breno-47, poniéndose en pie.

CAPÍTULO VI

La nave inmensa de los talleres de construcción del laboratorio auxiliar de Filmor daba la sensación de que los obreros y técnicos hubiesen abandonado su trabajo para salir precipitadamente.

En realidad, había ocurrido más o menos de esta manera.

Naves a medio construir en la fabricación en cadena. Tubos, toberas, depósitos de combustible. Cadenas sin fin que transportaban los elementos que iban siendo atornillados o soldados, estaban pendientes en el aire o a mitad de camino.

El aire del exterior hacía bambolear algunas cadenas de material extra-ligero.

Las pantallas de algunos robots transmitían signos de verificación, repitiendo constantemente las mismas cosas, que ya nadie observaba.

Breno-47 y Tasso, dándose cuenta de la importancia que podía tener el abandonar cuanto antes el lugar, se daban prisa en buscar a Spyrus, el hombre más importante del planeta, jefe supremo de los servicios, y único superviviente de la catástrofe.

—¿Qué pudo haber envenenado la atmósfera? —se preguntó en voz alta, una vez más, Breno-47.

Tasso también pensaba en lo mismo, sin que consiguiera llegar a ninguna respuesta plausible.

Llegaron tras una puerta acristalada, cerrada herméticamente.

Al otro lado estaban los estudios de los jefes de los talleres. De allí partían las consignas a los robots que dirigían las operaciones de construcción.

Todo se realizaba según las órdenes y planos recibidos del explaneta
Jun-Gan
, convertido en una masa candente.

Aquella sensación de abandono, después de lo que les había

dicho el profesor del planeta desaparecido, parecía advertir que aquello significaba el fin de la IV galaxia.

—¿Ocurrió así otras veces? —inquirió Tasso, detenido en la inmensa nave, cuyas mesas de estudio y trabajo permanecían vacías.

—¿Qué otras veces? —inquirió Breno-47.

—El fin de otras generaciones… Las que construyeron las catacumbas, por ejemplo.

—No lo sé.

—Debió ocurrir algo parecido… A veces, hablan de una destrucción total… ¿Tú qué crees?

—Que mientras tengamos fuerzas, lucharemos, Tasso.

—¿Y si fuéramos los últimos?

—¿Los últimos seres de nuestro sistema? —preguntó el piloto, pensativo.

—Sí, Breno-47… Todo esto es muy extraño… Lo único que hallamos a nuestro paso es destrucción…, o silencio… Gentes moribundas… Nadie contesta a nuestras llamadas.

Las comunicaciones se han interrumpido. Las fuentes energéticas no funcionan… ¡Estamos solos!

Las palabras de Tasso rezumaban miedo… No el miedo humano ante lo desconocido, o frente a un peligro extraño e intangible… Era un miedo a la soledad.

—Todo el espacio… Todo el cosmos para nosotros solos —exclamó Breno-47, con una voz que parecía irreal.

Traspusieron la nave. No era momento de entrar en divagaciones. Se imponía encontrar a Spyrus.

Tras el corredor, llegaron a la puerta privada, cuya luz electrónica, en otro momento, anunciaba: «Jefe de servicios».

Ahora, la luz estaba apagada.

Después de abrir la puerta, cruzaron el umbral.

Allí, con la cabeza escondida entre las manos y apoyada sobre la mesa, estaba Spyrus.

Se acercaron lentamente.

Ambos tenían la sensación de que aquel hombre ya no podía servirles de mucha ayuda.

Sí. Estaba muerto.

—Muerte, muerte, muerte —murmuró Tasso.

Es lo que habían encontrado hasta aquel momento.

Breno-47 se inclinó hacia Spyrus. Su cuerpo, sin vida, se balanceó hacia un lado.

—Ayúdame, Tasso. Lo dejaremos en aquel banco.

Tasso ayudó a su jefe, y entre los dos transportaron a Spyrus sobre un banco de asiento acolchado.

Lo depositaron encima de él.

—No hace mucho que ha muerto —murmuró el piloto-jefe.

—Parece que estaba trabajando en algo. Hay papeles sobre la mesa.

Breno-47 se acercó.

Tomando algunas de las notas, intentó descifrar los signos logarítmicos, y murmuró:

—Es un aparato reproductor… Estaba calculando los posibles fallos. —dijo.

—Un aparato reproductor. —murmuró Tasso como un autómata.

—Hace tiempo que estaba investigando la manera de reproducir cuerpos y materias inorgánicas. Laven, el famoso profesor, murió antes de poder ofrecernos el invento en el que había estado trabajando toda su vida —recordó Breno-47.

—¿Crees que se ha conseguido?

—No lo sé, pero Spyrus debía considerar ese aparato como de vital importancia… En estos momentos, en que todo estaba perdido, enfermo y envenenado por la atmósfera, sacó fuerzas de flaqueza para seguir trabajando en ello. Eso quiere decir que lo consideraba de suma importancia.

Tasso miró por encima de la mesa.

Una pizarra electrónica, que funcionaba mediante la operación de algunos botones, respondió a las pulsaciones de Tasso, y reprodujo algunos signos.

—Tendremos que examinar todo esto, Tasso… Toda cuánta información podamos recoger, nos será útil… No sabemos qué ha sido de nuestra central. Ignoramos de qué vamos a depender, de ahora en adelante y, cuando salgamos de aquí, es posible que ya no podamos volver nunca más… Cuantos más detalles consigamos recoger, pueden ser de vital importancia para nuestro futuro.

Tasso asintió.

Breno-47 se dispuso a examinar todo el material almacenado

sobre la mesa, y los apuntes de la pizarra electrónica.

Era un trabajo sumamente laborioso.

* * *

Fuera, había oscurecido.

Tasso, siguiendo instrucciones de su jefe, fue a la nave a buscar las provisiones de emergencia.

Caldo concentrado en tabletas. (No era posible diluirlo en agua, por temor a contaminación). Vitaminas cárnicas, proteínas, suero azucarado ingerible por vía oral, y goma estimulante constituyó el alimento de los dos astronautas.

Masticando el látex estimulante, Breno-47 agrandó los ojos, iluminado por algo que acababa de descubrir.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes? —inquirió Tasso, indiferente.

—Lo que Spyrus andaba buscando… Aquí está la fórmula, y el sistema de reproducción… Le faltaba algún detalle. Parece que algo está incompleto. Pero lo pondremos en práctica.

—¿Y dónde está el aparato reproductor? —inquirió Tasso, mirando, extrañado, en derredor.

—Es una pistola de doble cañón… Con la composición química apuntada en las notas, puede conseguirse el efecto reproductor… No sabemos lo que falla, pero probaremos.

Se incorporó y, haciendo una seña a su ayudante para que le siguiera, se alejaron del cuarto de trabajo.

Después de cruzar el corredor y de adentrarse por la sala principal del taller, pasaron por la sala de pruebas.

Una ligera ojeada bastó a Breno-47 para dar con lo que estaba buscando.

—Esto es.

Señaló una vitrina de duro-cristal. Fue hacia allí, la abrió, y extrajo el único objeto allí guardado.

Era un artefacto semejante a un fusil de cañón corto, sólo que en vez de un cañón eran dos.

Una vez en sus manos, Breno-47 comprobó que esos cañones podían graduarse y, con uno apuntar hacia el Este, por ejemplo, y el otro podía enfocarse hacia cualquier otro punto cardinal.

El manejo era simple.

—¿Y cómo se carga esto? —inquirió Tasso.

—Por aquí encontraremos los ingredientes… Ayúdame…

* * *

Transcurrió algún tiempo. Con la fórmula en la mano, Breno-47, con la ayuda de Tasso, consiguió fabricar la cápsula.

Conociendo los ingredientes, todos numerados, y almacenados en los distintos estantes del laboratorio, fue bastante fácil la fabricación.

Consiguieron hasta diez cápsulas, y una de ellas fue cargada por Breno-47 al artefacto.

—Bien. Esto está listo —murmuró, sosteniendo con cuidado el fusil de doble y accionable cañón.

—¿Y qué se puede reproducir con esto? —preguntó Tasso, un tanto escépticamente.

—Todo lo que no contenga órganos vivos. Una astronave, por ejemplo, un helio-bólido, armas. Incluso las mismas cápsulas para conseguir la reproducción.

—¿Tú crees que funcionará?

—No lo sé. Pero vamos a probarlo.

—¿Con qué?

Breno-47 buscó algo para hacer el experimento, mientras Tasso, pensativo murmuraba:

—¿Y por qué creía Spyrus que conseguir esto podía ser tan importante para la supervivencia?

—No lo sé, pero ya pensaremos en ello más adelante. ¡Vamos! Ya sé en qué probaremos este artefacto.

CAPÍTULO VII

Habían salido al exterior.

La inmensa plaza, adornada con columnas graníticas de escasa altura, estaba desierta.

La estación de helio-bólidos, construida igualmente con pilares de piedra, se alzaba en un rincón de la plaza, y su inmensa plataforma, con los correspondientes andenes —o pisos— para la espera de viajeros, semejaba una obra muerta, como toda construcción edificada para albergar multitudes en día de fiesta.

El silencio y la soledad eran impresionantes.

Breno-47 dejó su pistola corriente de rayos Láser sobre una de las columnas.

—¿Vas a reproducir el arma? —inquirió Tasso.

—Si el aparato funciona, no será difícil lograrlo. Basta una ligera presión al botón central para conseguirlo.

Se situó a un lugar equidistante entre la columna donde había dejado su pistola y otra en cuyo soporte superior no había absolutamente nada.

Apuntó de forma que uno de los cañones del rifle reproductor encañonaran la pistola que pensaba reproducir, mientras el otro apuntaba hacia la otra columna, donde no había nada.

—Bueno. Es el gran momento —murmuró.

Tasso, situado al lado de su jefe, observaba, con expectación, el experimento.

El dedo pulgar de Breno-47 pulsó el botón colocado sobre el guardamonte del rifle.

Se escuchó un ruido metálico. A continuación, apareció un primer chorro de algo semejante a un gas, dirigido hacia la pistola.

Casi al mismo tiempo, pero algo más retrasado, surgió un segundo chorro, esta vez en dirección a la columna donde no había nada.

Se produjo una doble humareda en forma de sendas y compactas nubes blanquecinas.

El chorro se desvaneció, quedando únicamente las nubes que, lentamente, degeneraron en transparentes cortinas de humo, que se evaporaron rápidamente.

Los ojos de Tasso iban de una columna a otra, expresando estupor, asombro, anonadamiento.

Lo que estaba presenciando era algo maravilloso, increíble, incluso en aquella galaxia, que se tenía por adelantada en todo orden de cosas.

—¡Lo has… conseguido! —Apenas pudo exclamar.

Sí. La pistola de Breno-47 estaba a un lado. En la columna, sobre la cual la había dejado el piloto-jefe de la nave patrullera, pero…

En la columna que no había nada, ahora aparecía… ¡otra pistola idéntica!

—¡Es formidable…! —exclamó, a su vez, Breno-47.

Ninguno de los dos hombres parecía atreverse a tomar el arma, tan extraordinariamente reproducida.

Fue Breno-47 quien se adelantó, y alargó sus manos.

La pistola era idéntica a la suya.

Comprobó la carga.

—¡Tiene la misma que la mía! —exclamó, jubiloso.

Tasso parecía no acordarse de la anómala situación por la que ambos hombres estaban pasando.

En aquellos instantes, no recordaban la catástrofe de Jun-Gan, ni la masiva mortandad de Filmor.

Se encontraban ante un hecho insólito.

Tasso pidió:

—Déjamela, Breno-47.

—Espera.

El piloto apuntó a una de las columnas.

Apretó el gatillo.

La columna elegida fue blanco del chorro de rayos Láser, y lentamente se desmoronó, envuelta en una neblina de polvo.

—¡Funciona! —exclamó.

Ofreció el arma a Tasso, que parecía enloquecido de emoción.

El ayudante comenzó a disparar rayos, sin precisar la puntería.

Las columnas de la gran plaza, víctimas de los impactos, fueron desmoronándose.

—Es exacta. Exacta. ¡Y en un instante, puede fabricarse!

—¡Bueno, detente! No vayas a destruirlo todo. Intentaré fabricar otra…

Breno-47 en breves momentos y, sin más preámbulos, consiguió la segunda reproducción de su propia pistola.

Tasso dijo:

—¿Qué es lo que deseaba producir Spyrus? Armas, no parece probable. En Filmor deben haber suficientes.

—No acabo de entenderlo… Sin embargo, la fórmula era bastante clara, y Spyrus seguía trabajando en ella. Tal vez exista algún fallo…

—Pero si funciona perfectamente —adujo Tasso.

—Vamos, Tasso —repuso el jefe—. Hay que buscar combustible… Intentaremos llegar a nuestro planeta, si es que queda algo de él.

CAPÍTULO VIII

Los hornos incineradores estaban al extremo de la ciudad.

Allí habían transportado en el helio-bólido los cadáveres de los tres hombres.

Allí fueron quemados en breves momentos, mientras Breno-47 murmuraba unas palabras de loa hacia aquellos seres muertos en circunstancias extrañas.

Eran el profesor Ember, de
Jun-Gan
, Spyrus, jefe supremo de Filmor, y el locutor del servicio de radar y señales del planeta.

Con el helio-bólido, regresaron a la base, en busca de combustible sólido para la astronave.

Tasso, al comprobar los depósitos, musitó:

—Están vacíos.

—Utilizaremos el reproductor. Con el carburante que nos queda, conseguiremos el necesario para llegar —repuso Breno-47.

Sacó el depósito, y lo colocó sobre una de las dos mesas.

Accionó el cañón del fusil, y al instante obtuvo un nuevo depósito con una cantidad igual de combustible sólido.

—¡Esto es el mejor descubrimiento de todos los tiempos! —exclamó Tasso.

—Lo iremos reproduciendo, a medida que nos sea necesario. Ahora, vámonos —repuso Breno-47.

Llevaba consigo las fórmulas, que depositó en un apartado de la nave.

Tasso colocó el depósito, y dejó el de repuesto a mano.

Todo estaba dispuesto para remontar el vuelo.

—Preparados —dijo el piloto.

Dio el encendido.

Funcionaron los reactores para el «elevado» normal.

Tasso colaboró en el despegue.

—«Patas» fuera —ordenó el jefe.

El ayudante repitió:

—«Patas» fuera.

El trípode sobre el que se asentaba la astronave quedó flotando en el aire.

Breno-47 pulsó un botón y accionó el mando correspondiente, comunicando al cerebro-robot la situación y rumbo.

Casi al instante, la nave se elevó verticalmente.

A la velocidad máxima, se perdió en las alturas, hasta que el indicador osciló cerca de la línea de gravedad del planeta.

Se acercaban vertiginosamente a la zona de ingravidez.

—Comprueba combustible.

—Suficiente para traspasar las barreras —replicó Tasso.

—Atención. Vamos a cruzar.

—Preparado, Breno-47.

El piloto pulsó los mandos correspondientes a los vuelos de ingravidez.

La nave cruzó la raya invisible, y los reactores impulsores dejaron de rugir, como si quisieran advertir que habían entrado en la zona del silencio.

Estaban fuera del centro gravitatorio, y la nave funcionaba normalmente, deslizándose por el espacio del silencio.

En todas direcciones podían verse asteroides, satélites, meteoritos, descendiendo vertiginosamente.

Sí. Todo marchaba normalmente hasta que…

—La nave funciona únicamente con la reserva, Breno-47 —advirtió Tasso.

—Sí, lo sé… Voy a soltar los flotadores automáticos. Cambia el combustible —ordenó el piloto-jefe.

Tasso obedeció la orden, pasando al departamento inferior de la astronave.

Momentos después, anunciaba que la operación había sido realizada.

Breno-47 accionó nuevamente los mandos de marcha, y el aparato reemprendió la ruta.

Se produjeron unos momentos de expectación.

—Funciona perfectamente —sonrió Tasso.

—Sí.

El combustible reproducido actuaba igual que el original.

—¿A qué distancia estamos de la central? —inquirió el ayudante.

Breno-47 traspasó la consulta al cerebro-robot, que inmediatamente reflejó en la pantalla correspondiente la situación de la nave y la distancia de la central.

—Calculo que deberemos repostar otra vez… —dijo el piloto-jefe.

—Ya he tomado la precaución de reproducir nuevamente el depósito —repuso su ayudante.

—¿Sabes una cosa, Tasso? Este invento supondrá el ahorro total de energía humanoide. Bastará crear un modelo único para que los demás se construyan solos… Quedó pensativo.

—Es fantástico…

—No sé —dijo, de pronto.

—¿Qué ocurre?

—Estoy pensando.

—No hay motivo de preocupación. Estamos en posesión de una maravilla. Cualquiera daría lo indecible para poseerlo.

—Sin embargo, hay algo que…

No pudo concluir la frase; la nave empezó a tremolar como si una fuerza invisible la empujara de un lado a otro.

—¿Qué ocurre, Breno-47? —inquirió Tasso, intentando sujetarse.

La gravedad interior, producida por el oxígeno acondicionado, que permitía desde tiempo inmemorial que los vuelos espaciales no tuvieran el inconveniente de la ingravidez, parecía haber perdido, de pronto, la estabilidad.

Como si el impulso que la propulsaba hubiese perdido potencia, el vehículo espacial iba de un lado a otro.

Tasso, ayudando a su jefe, intentaba dominar la nave.

Breno-47 pedía instrucciones al «cerebro», cuya pantalla se resistía a obedecer.

—¿Qué diablos le está ocurriendo a este armatoste? —Soltó Breno-47.

Por fin, la pantalla indicó el motivo de la avería.

«Atracción desconocida de un planeta próximo».

Como si un doble imán intentara conducir a la nave en direcciones opuestas, los dos hombres tuvieron que sujetarse con las correas de seguridad para poderse mantener en sus respectivos puestos.

—¡Atracción desconocida! ¡Valiente información! —exclamó Breno-47.

Pulsó otro botón para que el «cerebro» aclarara aquella información ambigua y absurda.

«Atracción desconocida. Límite de la galaxia. No puedo responder».

—¿Has visto esto? Límite de galaxia. El «cerebro» debe haberse vuelto loco —soltó Breno-47.

Inmediatamente, formuló la pregunta correspondiente a la situación donde se hallaban.

«*Fuera de control*», indicó el «cerebro».

—Intenta mantener la nave. Suelta los flotadores, Tasso. Voy a hacer una sencilla operación de cálculo para saber dónde nos encontramos.

—Date prisa —pidió Tasso.

A trancas y barrancas, el jefe de la nave consiguió apartarse del sillón situado sobre el tablero de mandos para dirigirse a la mesita auxiliar. Tomó papel y lapicero, y efectuó unas notas, de acuerdo con el gráfico de vuelo.

Tras unos instantes, lanzó un silbido.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tasso.

—El «cerebro» tiene razón… Nos hemos desviado.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar desconocido… Es, realmente, la frontera de otra galaxia.

Tasso volvió la mirada hacia su jefe.

Fue lo último que vieron sus ojos porque entonces todo empezó a suceder a una velocidad vertiginosa.

CAPÍTULO IX

La nave salió, impulsada por una fuerza desconocida, dando constantemente vueltas de rotación.

En su interior, Breno-47 y Tasso perdieron la visión.

Aquella marcha vertiginosa hacia el espacio sin fin cegó sus reflejos, y les mantuvo inmóviles, clavados en el suelo de la nave, mientras sus cuerpos seguían dando vueltas, al compás del vehículo.

Las diferentes pantallas del «cerebro» emitían signos inexplicables, produciendo datos, ordenando, contestando a preguntas inexistentes, y dando constantemente situaciones imposibles de prever.

Los mandos, sin nadie que pudiera manejarlos, obraban libremente, mientras seguía aquella marcha terrible, angustiosa y sin final previsible.

Ni Breno-47 ni Tasso podían articular palabra, como si sus cuerdas vocales hubiesen enmudecido, a consecuencia de aquel tremendo impulso a que ambos estaban sometidos.

Meteoros y cometas cruzaban cerca del vehículo.

Las lejanas estrellas, debido a la tremenda velocidad, giraban, convirtiéndose en círculos luminosos.

El espacio azulado fue clarificándose, tomando primero un tono amarillento, como si estuvieran cercanos a un sistema solar.

Al cabo de unos instantes, volvió el color azul más intenso, como si hubieran pasado de una zona de luz a otra de oscuridad.

Al fin, tornó a clarear, como un alboreo normal.

La nave, sin embargo, seguía aquel ritmo frenético, imposible de detener.

Posiblemente, en un corto lapso de tiempo, habían recorrido una distancia que humanoide alguno pudo soñar jamás en recorrer, ni siquiera en toda una vida.

La zona de luz iba haciéndose más difusa.

Breno-47 y Tasso experimentaban la extraña sensación de que todo estaba sucediendo en el tiempo que va de un suspiro a otro, y su sistema de respiración parecía inutilizado; sin embargo, vivían, veían lo que transcurría a través del visor.

Por fin, la nave pareció entrar en un punto de estabilización.

Un golpe brusco pareció detenerla.

Piloto y ayudante perdieron la noción de la realidad.

* * *

Cuando Breno-47 abrió los ojos, y empezó a recobrar la noción de lo ocurrido, todo se le antojó un sueño.

Se levantó, palpándose el cuerpo.

Comprobó que estaba íntegro. No le faltaba ningún miembro, y no tenía nada roto.

Lanzó un suspiro, y se acercó al visor.

Accionó los mandos, sin demasiado entusiasmo.

Arqueó las cejas, al comprobar que todo funcionaba perfectamente, a pesar de la presión a que había sido sometido el vehículo espacial.

Al mirar nuevamente al espacio exterior, vio que seguían en una zona de evidente claridad.

Consultó con el «cerebro» cuando la voz de Tasso, como volviendo de un largo letargo, murmuró:

—¿Qué ha pasado…, dónde estamos?

—Es lo que estoy intentando de averiguar. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé… La verdad es que no lo sé. Creí que la cabeza me iba a estallar.

—Espabílate. Tenemos que salir de aquí… Si logramos averiguar dónde demonios estamos.

El «cerebro» no funcionaba, pero en la pantalla estaba grabada una situación en clave, que Breno-47 tradujo en pocos momentos:

—Es otra galaxia… Y estamos flotando en el espacio…

—¿Y qué podemos hacer? —inquirió Tasso, incorporándose y acercándose al tablero de mandos.

—Cruzar la zona de ingravidez. Mira si tenemos combustible suficiente.

Tasso, después de comprobarlo, asintió.

—Por lo visto, hemos sido impulsados por una fuerza extraña…

Hemos recorrido una distancia incalculable, sin gastar absolutamente nada…

—¿Y qué crees que encontraremos más allá de la zona de ingravidez? —inquirió el ayudante.

—Lo ignoro… Pero una cosa es cierta. Más abajo existe fuerza de gravedad. Probablemente, hay oxígeno, nitrógeno… Esto es, vida. ¿Comprendes?

—Y gente desconocida.

—Exactamente, Tasso.

—¿Cómo serán?

—No lo sabemos, pero debemos estar preparados.

—¿Crees prudente arriesgarnos?

—No seas tan conservador, Tasso…

¿Qué podían hacer?

El «cerebro» no funcionaba. Ignoraban cuál era su situación, y el lugar y galaxia donde se encontraban.

Posiblemente, el combustible tampoco les serviría de nada. Habían estado haciendo la carrera más espectacular de su vida en una misma dirección, impulsados por la fuerza extraña y dominante de un punto del cosmos, a pesar de la ingravidez.

Desconocían el rumbo a seguir, y no les quedaban provisiones para subsistir; por todo ello, se imponía una exploración al planeta que debía quedar al otro lado de la línea invisible de ingravidez.

—¿Preparado, Tasso?

El ayudante asintió.

Breno-47 comprobó una vez más los mandos. Todo funcionaba, y parecía dispuesto para proseguir el viaje pilotado.

El piloto soltó la reacción necesaria para entrar en la zona de gravitación del planeta desconocido.

—¡Allá vamos! —dijo.

La nave enfiló el camino del rumbo previamente trazado a ciegas.

Poco después, Breno-47 comprobó que el vehículo espacial entraba en una zona gravitatoria.

Tasso lanzó un suspiro.

A lo lejos, se podía ver la silueta de una esfera que se iba agrandando, agrandando…

—Es el planeta al que nos dirigimos —dijo el piloto.

En la mente de ambos estaba el mismo pensamiento.

¿Qué seres encontrarían en aquel mundo desconocido?

¿Qué les aguardaba en aquel lugar remoto, ignorado?

Y la nave continuaba su curso, a la velocidad normal. El combustible era suficiente para llegar.

Más tarde, comenzaron a ver el sistema hidrográfico. Corrientes de agua, estanques, montañas, mares…

Luego, empezaron a hacerse patentes los edificios de las ciudades.

Sí. Estaban ya sobre el planeta.

CAPÍTULO X

La nave planeaba sobre una zona boscosa.

Bajo ellos, y por tortuosos senderos, se deslizaban unos extraños artefactos, en apariencia blindados.

Los artefactos, provistos de cañones, disparaban hacia un punto del bosque, que la vegetación impedía ver.

—¿Qué es esto? —inquirió Tasso, extrañado.

—No sé, pero diría que es una guerra. Esos armatostes parece que atacan a alguien.

—¿Y son eficaces?

La pregunta se contestó sola cuando, al sobrevolar la zona vegetativa, se hallaron sobre un montículo, que estallaba en sucesivas explosiones.

Casamatas y blocaos recibían los impactos de los blindados.

Humanoides, con extraños uniformes, contrarrestaban el ataque de los artefactos blindados.

Los impactos de uno y otro lado se traducían en pequeñas explosiones.

Sobre la ladera de una montaña, podían verse varios cadáveres.

De pronto, desde un puesto determinado, alguien miró hacia lo alto.

—Nos observan. Creo que nos han visto. Me parece que no es prudente acercarnos.

Breno-47 sonrió a la previsión de Tasso.

—¿Con esos sujetos? Déjame mirar por el visor de aumento.

Manipuló sobre el tablero de mandos, y el visor de la nave, automáticamente, quedó graduado en varios aumentos.

Gracias al «graduador de distancias», lo que estaba sucediendo en tierra firme podía verse casi allí mismo, como si tuviera lugar delante de la nave.

—Observa a esos humanoides —dijo el piloto.

Tasso contempló la batalla, que parecía haberse paralizado.

—Todos están pendientes de nosotros… Parecen seres como tú y como yo.

—Sí. Idénticamente iguales. Es curioso. ¿Qué planeta debe ser éste?

Lo que antes parecía una guerra, se había paralizado. En el lado donde estaban los blocaos y las casamatas eran más los que observaban la nave de forma triangular, de modo que uno de los vértices formaba la cola, y los otros dos semejaban alas.

—¡Mira, Breno-47! —exclamó Tasso, indicando con un movimiento el nuevo enfoque de las armas.

Largos cañones variaron de posición para apuntar a la nave.

—Intentan atacarnos.

—¿Tú crees?

—Si esos artefactos tiene largo alcance, a la distancia que nos encontramos, nos darán.

Breno-47 se mostró escéptico, y Tasso insistió:

—Desconocemos la potencialidad del armamento de este planeta.

De los cañones surgió el fuego, y varias explosiones se produjeron alrededor de la nave, que siguió su marcha lenta, como en vuelo de inspección.

—No creo que haya peligro. Nuestro fuselaje es más resistente… Debe tratarse de un planeta con sistemas anticuados.

De nuevo los cañones hicieron fuego, y aquella vez uno de los impactos alcanzó la carcasa de la nave.

El vehículo ni siquiera se movió.

—Comprueba lo que ha sucedido, Tasso.

La orden del piloto fue prontamente cumplida. Las pantallas de vuelo enfocaron directamente todos los puntos de la astronave.

—No acusa el menor impacto. Sin embargo, nos han dado —insistió Tasso.

—Sí. Pero esas armas carecen de potencia. Podemos estar tranquilos.

Breno-47 inició un rápido movimiento de descenso, y pasó prácticamente rozando las cabezas de los habitantes del planeta desconocido.

Inmediatamente, los hombres parapetados en las trincheras y

blocaos se echaron al suelo.

Ráfagas de fuego intentaron alcanzar la nave, pero sus impactos rebotaban sobre el visor o el fuselaje, sin producir daño alguno.

Rápidamente, Breno-47 elevó la nave, que se perdió en lo alto para cambiar de rumbo.

—¡Qué gente más extraña! —exclamó el piloto—. Creo que convendría decirles que somos visitantes en paz… Y explicar lo que nos ha sucedido.

—No me parece el momento oportuno. Están sosteniendo una guerra interna. Nosotros somos intrusos.

—Y neutrales. No entramos ni salimos en sus conflictos…

Breno-47 mantuvo la nave, sin rumbo fijo.

Tasso exclamó, de pronto:

—¿Y si estuviéramos en el planeta dominado por el individuo de que nos habló el profesor Ember?

—¿Korka?

—Exacto.

—Pero dijo que tenía combustible para llegar a un punto cerca de Filmor…

Breno-47 se quedó pensativo.

—Es cierto, y esto me hace pensar…

—¿Qué?

—Tal vez llegó a Filmor y… No sé, pero la desintegración de Jun-Gan
y la contaminación de la atmósfera de Filmor se produjeron casi a la vez… Me pregunto si todo tendrá que ver con ese Korka… Creo que debemos utilizar la radio para transmisiones a corta distancia. Informaremos que somos seres amantes de la paz, y que no venimos a combatir contra nadie… Después de todo, sea ésta la galaxia que fuere, es el único lugar habitado, y necesitamos información.

Y ya sin dudarlo, Breno-47 hizo descender el aparato hasta la distancia suficiente para conectar con el planeta.

La radio funcionaba, pero sólo para conexiones a distancia limitada.

Desconocía la frecuencia de onda, y probó hasta captar una señal.

—Parece un planeta bastante grande. Elegiremos un lugar que parezca más pacífico.

La nave sobrevoló una corriente de agua, entre abruptas montañas.

Más allá, la orografía del lugar se hacía más accidentada, y después, seguían unas montañas blanqueadas.

—¿Qué es esto? —inquirió Tasso.

—Nieve.

—Sí. Ya lo veo.

Seguía una inmensa zona desértica, cubierta por una capa de nieve. No se divisaba signo alguno de vida.

La nave siguió con su ritmo normal, y atravesó prontamente el lugar para converger en un inmenso lago, que también cruzó rápidamente.

De nuevo, penetraron en una zona de bosques.

—¡Mira! ¡Otra vez los artefactos! —anunció Tasso, señalando al otro lado del visor de aumento.

Parecidos artefactos blindados, atacaban unas posiciones.

Más allá, la lucha se realizaba entre las vías de una población de construcciones parduzcas, de estatura regular.

—Extraño lugar éste. La guerra debe ser total.

Al comentario de Breno-47 siguió una nueva exclamación de Tasso:

—¡Mira! ¡Proyectiles! Parecen dirigidos…

Bajo el claro firmamento, cual centellas, cruzaron haces de luz, dirigidos hacia un punto determinado.

Aumentando nuevamente la potencialidad del visor, Breno-47 observó que los proyectiles parecían dirigirse a una ciudad situada al otro lado del gran lago.

Aquella población era de dimensiones mayores.

—Cuando esto haga impacto, no va a quedar un ser viviente. ¡Extraña cosa que los humanoides se destruyan unos a otros! Nosotros ya habíamos superado las guerras… El único peligro podía emanar de otras galaxias…

Sin dudarlo, manipuló un botón.

—No es que la nave esté a pleno rendimiento, pero creo que puedo hacer algo.

Apenas pulsado el botón, los proyectiles parecieron quedar suspendidos en el aire, como si una fuerza superior a su propio impulso les impidiera seguir su curso.

—Arrójalos al lago —dijo Tasso.

—Es lo que pensaba hacer.

Pulsando una palanca, los proyectiles, seis en total, cayeron vertiginosamente hasta desaparecer en el agua.

Todo el lago pareció conmoverse, pero el «comprobador de explosiones externas» siguió sin funcionar.

—Decididamente, no hay peligro, Tasso. En cuanto encontremos un lugar adecuado, tomaremos contacto con el suelo de este planeta.

La oportunidad no tardó en presentarse.

Planearon sobre una zona tranquila, y en una explanada de proporciones bastante grandes.

CAPÍTULO XI

Tasso regresó, después de haber dado un corto paseo por la explanada.

—Todo comprobado, Breno-47. El contador indica una atmósfera respirable. Me he quitado la escafandra. No hay peligro de contaminación.

Mostró el contador, que oscilaba en una graduación aceptable, similar a la de la galaxia de donde procedían.

Breno-47, por su parte, estaba intentando establecer contacto con alguna emisora del planeta.

—No lo comprendo… Tienen que captar mi onda, y sin embargo, nadie contesta.

—Deben tomarnos por enemigos… Si el planeta está en guerra, pueden pensar que nuestra astronave pertenece al enemigo.

—Estoy dando mi posición sobre las coordenadas. Esto es válido para cualquier lugar del cosmos, a menos que sea un planeta excesivamente retrasado.

Pensó un instante y, después de manipular nuevamente con el aparato, murmuró:

—Aunque no entendieran mi lenguaje, podrían contestar. Tengo un código interespacial…

Tasso oteó el horizonte, con el visor puesto en varios aumentos.

No aparecía nadie.

—Si fuéramos enemigos, no daríamos nuestra situación. —Y nuevamente transmitió—: Aquí Breno-47… Tripulo astronave especial de patrulla. Traigo ayudante a bordo… Contesten. Procedemos de la IV galaxia. Nombre de nuestro habitáculo, Andros. Repito, piloto de patrulla Breno-47, con ayudante a bordo. Perdido contacto con nuestra galaxia. Procedemos de Andros. Necesitamos ayuda.

Silencio, tras una larga espera.

Fue entonces cuando, a través del visor, Tasso vio algo que le hizo agrandar los ojos:

—¡Mira esa nube!

Cuando Breno-47 desvió sus ojos para mirar lo que su ayudante le indicaba, vio perfectamente numerosos vehículos que avanzaban hacia ellos, en un despliegue en forma de abanico, cuyo eje estaba en un punto del horizonte.

A través de la pantalla, y por conducto de las diferentes cámaras exteriores, pudieron ver cómo de otros puntos se desplegaban más vehículos.

—Esto no me gusta nada —murmuró Tasso.

—Espera… Ya hemos visto que sus armas no hacen mella en nuestra nave. Si esa gente se dirige hacia nosotros, con ánimos de atacar, les explicaremos nuestra situación.

—¿Por qué no despegamos ahora?

—¡Porque necesitamos información! —exclamó, tajante, Breno-47.

Y nuevamente transmitió a través de la radio:

—Se acerca un despliegue de fuerzas desconocidas. Espero que no piensen atacarnos… Podríamos pulverizarles en el acto. Sus armas no tienen ninguna eficacia contra nosotros… Conteste, estación… Pedimos asilo y hospitalidad… ¿Qué clase de planeta es éste?

De nuevo el silencio actuó de respuesta.

Los vehículos podían verse ya sin necesidad de aumentar la capacidad telescópica del visor.

Tasso se asomó a la puerta, y miró por aquel lado.

—¡Nos están rodeando! —exclamó.

Breno-47 dio vuelta al conmutador de la imagen, y observó que Tasso estaba en lo cierto. Los vehículos blindados, de diferentes tipos, estaban tomando posiciones, formando una circunferencia en torno a la nave.

Su número era incalculable.

De pronto, todos detuvieron su marcha, y los cañones apuntaron al vehículo espacial.

Breno tampoco se inmutó. Manejando nuevamente la radio, cambió de onda, y espetó de forma pacífica:

—Al piloto-jefe de las fuerzas. Les habla el patrullero Breno-47,

de Andros… Contesten.

Durante un instante, se estableció comunicación, para cortarse seguidamente.

—¡No hay nadie, Breno-47! Estos vehículos parece que van autodirigidos.

—O quizá sus ocupantes no se atrevan a salir —observó el piloto.

Esperaron unos instantes.

Por fin, la radio transmitió.

Las palabras del locutor sonaron como signos ininteligibles.

Al no funcionar el «cerebro», no había forma posible de traducción.

—Debiéramos haber arreglado esto…

—¿Nos llevaría mucho rato?

—No sé, pero para interpretaciones a corta distancia, bastaría mover el dispositivo correspondiente… Ahora, quizá no haya tiempo.

Tasso buscó en la cartera de emergencia, y sacó un libro.

—Dame —pidió Breno-47.

Buscó el código interplanetario de voces y señales, y su equivalencia.

—¡Hablen de nuevo! —pidió Breno-47—. Somos extranjeros. No comprendemos su idioma.

Otra vez surgieron aquellas palabras a través del fono-receptor.

Breno-47 buscaba de prisa, sin encontrar la debida equivalencia.

Los blindados del exterior reanudaron la marcha, estrechando el cerco.

—Estamos a tiempo de despegar —sugirió Tasso.

—¡No! Diablos… Un policía del espacio no debe huir nunca, y menos, sin motivo. ¡Prepara las defensas!

Tasso asintió.

De los costados de la nave surgieron pequeños cañones.

Todo el triángulo del vehículo espacial, por debajo de las aletas que formaban la figura geométrica, surgieron los tubos cilíndricos, cuyos mandos dominaba perfectamente Breno-47.

Bastaba sólo pulsar el botón general, para que todos dispararan a la vez y, de acuerdo a como estaban los vehículos que les rodeaban, los rayos emanados de los cañones de la nave resultarían

demoledores, pudiendo, sin duda, conseguir varios blancos a la vez.

Se produjo un momento de espera.

Los vehículos, más cercanos ya, habían vuelto a detenerse.

Los cañones volvieron a rectificar su posición, pero siempre apuntando a la nave.

De pronto, y casi todos al mismo tiempo, vomitaron fuego.

La nave, materialmente acribillada, acusó los impactos, cuyo sonido pasó hasta el interior, pero ninguna de sus «patas» crujió, ni el fuselaje mostró la menor señal.

Se repitieron los impactos, en un ataque continuado, pero cual sea que fuere la clase de los proyectiles utilizados, no hizo mella en la carcasa metálica del aparato.

La lluvia de fuego cesó.

Los atacantes, viendo la imposibilidad de abatir al monstruo del espacio, desistieron momentáneamente.

Entonces Breno-47 dijo:

—Voy a salir. Veré quién se esconde detrás de estos armatostes… Es necesario que hable con alguien.

—Iré contigo —adujo Tasso.

—No. Es mejor que te quedes. Mantén las defensas a tiro, pero no ataques. Somos superiores. Espero que se hayan dado cuenta.

Tasso asintió, mientras su jefe se dirigía hacia la puerta.

A una señal, su ayudante hizo que la puerta se corriera. Apareció la escalerilla de tres peldaños para descender sobre el suelo del planeta.

Lentamente, Breno-47 asomó, y luego comenzó a descender.

Fuera, el silencio era absoluto.

Con el contador en la mano, comprobó que la atmósfera era benigna, y se despojó de la escafandra, que arrojó dentro de la nave.

Se quitó igualmente el «mono», y con el pantalón-chaqueta ajustado a su cuerpo, de acuerdo con la tradición de los policías espaciales de la IV galaxia, avanzó unos pasos.

Cerca, estaban los blindados.

Una compuerta superior comenzó a moverse, y Breno-47 comprendió que aquellos artefactos no iban dirigidos a distancia, sino que eran manipulados por seres vivientes, posiblemente humanoides como los que había visto anteriormente en el campo de

batalla.

CAPÍTULO XII

Tres humanoides, portadores de pistolas de largo cañón, habían aparecido ante él. Le estaban encañonando.

Breno-47 sonrió, y levantó ambas manos.

—Son de paz. ¿No han escuchado mi llamada? —inquirió.

No obtuvo la menor respuesta.

Tras aquellos hombres, que parecían de granito, y permanecían inmóviles, sin dejar de apuntar, apareció un cuarto personaje.

Vestía ropas diferentes al uniforme de los que le estaban encañonando.

Era un individuo de pelo blanquecino, con una sonrisa patriarcal en los labios.

Haciendo un esfuerzo, murmuró unas palabras.

Breno-47 consultó el libro de traducciones y sonrió.

¡Por fin, alguien le hablaba con una jerga traducible!

—Repita —pidió, utilizando los mismos vocablos que el hombre de pelo cano.

—Soldados creen usted ser enemigo… Pertenecer a ejército contrario —dijo el hombre.

—No. Yo pertenezco a otra galaxia. He tratado de explicarlo —replicó Breno-47.

—Sí. Yo he comprendido. Sería muy interesante que usted y yo hablásemos —replicó el hombre en su jerga, que Breno-47 pudo traducir rápidamente, con su libro.

—Es lo que estoy intentando hacer, desde hace rato…

—Ellos quieren saber si usted interceptar cohetes.

—¿Cohetes?

El hombre del pelo cano explicó el significado de la palabra cohetes, y Breno-47 comprendió, recordando los proyectiles dirigidos, cuya trayectoria detuvo, hundiéndolos en el lago.

—¡Oh, sí! Que me disculpen si hice mal… Sólo traté de evitar

una matanza… En mi habitáculo somos contrarios a las guerras. Tanto, que hasta hemos pasado largos períodos con armas anticuadas, pero superiores a las de ustedes… Dígame… ¿Qué planeta es éste?

El canoso sonrió. Iba a contestar algo, pero sonaron algunas voces.

En el espacio, unas naves aladas hacían rugir sus motores.

—¡Peligro! ¡Peligro! —Pudo entender Breno-47.

Entonces, los tres soldados que le estaban encañonando dieron un paso hacia delante, y tras ellos, otro hombre que hasta entonces había permanecido tras los vehículos blindados, dio una extraña orden.

El hombre del pelo cano explicó:

—Quieren que vaya con ellos.

—Parece que no creen en mis virtudes pacíficas —sonrió Breno-47.

El que antes había dado la orden insistió.

El rugido de los motores de los aparatos alados se hacía más potente.

—No hay tiempo de discutir. Será mejor que obedezca.

—¿Obedecer? —inquirió el piloto.

—Hágalo, amigo —dijo el hombre del pelo cano.

—No. Yo no me dejo prender.

El jefe de aquellos soldados espetó una frase desconocida para Breno-47, y el del pelo cano exclamó:

—¡Cuidado! ¡Van a disparar!

Breno-47 sonrió. Sabía que los impactos no podían dañarle.

Pero, sin embargo, vio cómo uno de los soldados volvía su especie de pistola de largo cañón hacia el que hasta entonces había sido su único interlocutor.

La pistola emitió un extraño sonido, y el hombre saltó hacia atrás, alcanzado por uno de sus mortales proyectiles.

Breno-47, instintivamente, se echó a un lado, cuando una de aquellas armas disparó contra él.

El piloto cayó al suelo, sufriendo una extraña sensación en su persona.

De un costado emanó sangre.

Entonces, Tasso, desde el interior de la nave, accionó una

palanca para disparar fuego parcial.

Surgió un rayo.

Dos blindados quedaron esfuminados casi instantáneamente, y de los humanoides que habían disparado no quedó el menor rastro.

Los otros vehículos blindados desaparecieron porque las naves enemigas, en vuelo raso, disparaban sus armas.

Tasso descendió rápidamente los tres escalones para ayudar a su jefe.

Breno-47 estaba herido y apenas podía moverse.

—No lo comprendo… Creí que sus armas eran inofensivas para nosotros.

—Debe ser sólo contra la nave, Breno-47 —replicó su ayudante —. Vamos. Esto se está poniendo muy mal.

—Déjame… Creo que puedo —replicó el piloto.

Pero, al incorporarse, notó que las fuerzas le faltaban. Tuvo que apoyarse en Tasso para subir.

Los aparatos que surcaban el espacio disparaban contra los blindados, y el suelo se poblaba de agujeros, producidos por los impactos.

Una vez dentro de la nave, Tasso cerró la puerta herméticamente, y accionó los mandos para alejarse. Se había hecho cargo de la nave mientras Breno-47, en el diván de descanso, hacía esfuerzos para sobreponerse.

—Traeré el botiquín de urgencia, en cuanto me haya alejado lo suficiente.

La facilidad de desplazamiento del vehículo de Andros, además de su velocidad, que ni siquiera podía compararse con los vehículos del planeta, le alejó bien pronto del campo de batalla.

Tasso, con el visor de aumento, observó la escena que se desarrollaba abajo.

Se volvió para decir:

—Esas naves han acabado con los blindados… Todo está ardiendo…

Pero nadie contestó.

Breno-47 había perdido el conocimiento, y Tasso se apresuró a auxiliarle, dejando puesto el piloto automático.

CAPÍTULO XIII

Breno-47 había perdido más sangre de la que Tasso imaginaba.

El «bisturí cauterizador» actuó con la finalidad para la que había sido ideado.

Las chispas emanadas de la punta en forma de bola soldaron totalmente la herida.

La sangre dejó de fluir, y la piel de Breno-47 quedó prácticamente intacta.

Tasso buscó entre los preparados para la «reanimación interior».

Un inyectable endovenoso era suficiente para reactivar la circulación de la sangre, y sustituir el precioso líquido perdido a consecuencia de la herida.

Aplicó el inyectable preparado, y arrojó la ampolla y jeringuilla correspondiente al «evacuador» de la nave.

Breno-47 abrió los ojos, y pareció despertar de un pasajero amodorramiento.

Tasso sonrió:

—Bueno. Menos mal que todo ha podido solucionarse con una cura simple. ¿Qué tal te sientes? Haz un poco de ejercicio.

El piloto se incorporó, moviendo ligeramente el cuerpo.

—¿Notas algo? —murmuró Tasso.

—No. Creo que no. Pero me siento un poco débil. ¿Qué tal andamos de provisiones?

—Nos queda una. Pero te cedo la mía.

—Gracias, Tasso, pero tendremos que economizar…

Lanzó un suspiro, y se levantó para acercarse hacia el visor:

—¿Dónde estamos?

—Dando vueltas al planeta. Soplan malos vientos.

—Quisiera saber por qué me han atacado…

—Han dado muerte al hombre que hablaba contigo. Parecía una buena persona.

—Sí. Pero la gente es extraña, Tasso.

El ayudante manipulaba en la bolsa de provisiones, y sacó la caja que contenía las raciones.

Quedaban dos raciones, que ofreció a su jefe, el cual rechazó una.

Después de restaurarse con los alimentos concentrados, fijó su atención delante del visor.

—Seguimos como estábamos, condenados a dar vueltas. ¿Cómo andamos de combustible?

—Regular. Para vuelos dentro de zona de gravitación, hay suficiente, pero si nos remontamos al espacio…

—Esto parece un sistema solar, con un astro que rige los distintos planetas que gravitan en tomo a él… Es posible que encontremos algún otro planeta cercano que esté habitado.

No existía guía alguna de aquella galaxia, y había que tentar la suerte.

—No estamos tan adelantados como creíamos —rezongó Tasso.

—Déjame ver…

Por el visor en aumento podía divisarse una masa redondeada relativamente cerca.

—Intentemos llegar hasta allí. Voy a flotar en el espacio. Repón el depósito de combustible.

Tasso obedeció la orden y, mediante el fusil de rayos reproductores, consiguió en pocos instantes un nuevo depósito de combustible, que colocó en el lugar habitual.

—Listo —dijo.

El piloto se dispuso a darle toda la velocidad a la nave para traspasar la invisible barrera de la órbita del planeta.

Momentos después, el control indicaba que pasaban aquella barrera.

Apenas unos momentos después, la nave comenzó a oscilar, y de nuevo empezaron las sacudidas.

—¡Algo está fallando! —exclamó Breno-47, intentando hacerse con los mandos de la astronave.

La vibración interior, igual que había ocurrido antes pareció llegar al máximo.

—Vamos sin control. Algo extraño ocurre en este sistema… Nuestro combustible no funciona con regularidad —dijo Tasso.

Con un esfuerzo supremo, y ya sin experimentar las menores consecuencias de la herida sufrida, Breno-47 cambió el rumbo.

—Creo que ya sé lo que ocurre —dijo, intentando dominar los mandos.

Entró nuevamente en la zona de gravitación, y ordenó a su ayudante que cuidara de los mandos.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Tasso.

—Una prueba.

Dejó el aparato en manos de Tasso, y se dirigió a la parte posterior, donde estaban las distintas máquinas que regían el control del aparato.

Allí se encontraban las toberas de emergencia para largas salidas al espacio y los aparatos provistos de combustible para vuelos individuales, sin aparato ni reactor.

Un hombre podía tripular solo, provisto de traje y escafandra, con aquellos depósitos que le permitían un cierto desplazamiento de emergencia.

Breno-47 permaneció unos instantes manipulando en el interior de lo que podía llamarse sala de máquinas, y al fin, reapareció.

Tasso estaba bastante intrigado.

—Espero que ahora todo funcione bien —dijo su jefe.

Tomó los mandos y volvió a sobrepasar la frontera de la zona gravitatoria.

Aquella vez, el aparato funcionó perfectamente, sin oscilaciones de ninguna clase.

Dando la máxima velocidad a la nave, no tardaron en hallarse dentro de la zona de influencia de un nuevo planeta, bastante más pequeño que el anterior.

—Pertenece al mismo sistema… Esperemos ser mejor recibidos —dijo Breno-47, poniendo rumbo al primer lugar apto para tomar contacto con el suelo.

El trípode de la nave se desplegó en una zona de cráteres.

Era un paisaje desértico e inhóspito, pero pudieron comprobar que existía oxígeno suficiente para respirar sin escafandra protectora.

—A este paso, vamos a estar en todos los planetas que existen… —dijo Tasso. Y añadió—: Y éste parece deshabitado…

Pero pronto comprendió que su razonamiento estaba

equivocado.

Unas voces surgieron tras unas rocas.

—Espera —aconsejó Breno-47, refugiándose en un desnivel del terreno.

Por si acaso, ambos llevaban el traje espacial que, además de librarles de irradiaciones, les protegía de ciertas armas.

Lo único que habían dejado, por incómodo, eran sus respectivas escafandras.

Agazapados tras el desnivel, observaron a la muchacha…

Sí. Era una mujer. Vestía una falda exigua y un jersey ajustado. Su larga cabellera, azotada por la brisa y por el viento que en su carrera producía e incrementaba, se sostenía hacia atrás.

El aspecto de la joven reflejaba espanto, pánico, y parecía justificado porque varios humanoides la estaban persiguiendo.

—Fíjate, Tasso. Aquí no hay guerra, pero estos seres persiguen a la hembra… Me gustaría saber por qué.

Y no tardaron en saberlo.

CAPÍTULO XIV

Los humanoides varones, más ágiles, más expertos, no tardaron en rodear a la joven fugitiva.

—Mira, Breno-47. Son siete hombres en total… ¿Cómo se atreven?

—En Andros, una mujer era respetada y se la rodeaba de toda clase de comodidades y atenciones… ¿Qué planeta es éste, que persiguen y maltratan a las hembras?

Los siete hombres habían rodeado a la muchacha, y la obligaban a levantarse. La arrastraban hacia ellos.

—¿Intervenimos? —inquirió Tasso.

Pese a las precauciones que habitualmente solía tomar, pese a la prudencia de que normalmente hacía gala, delante de la brutalidad demostrada ante una hembra, Tasso cambió de conducta, tal vez porque en Andros el acosar a una hembra era considerado como un delito.

—¡Espera…! Parece que la llevan prisionera —murmuró Breno-47, expectante.

Se mantuvieron al acecho.

Los siete hombres condujeron a rastras a la muchacha hacia un vehículo similar a los que habían visto en el planeta donde fueron atacados.

La introdujeron en el interior, obligándola primero a subir sobre la carcasa del auto, para luego introducirla por una abertura superior, que emergía a modo de torreta.

—¡Vamos a seguirles! —sugirió Breno-47.

Apenas habían hablado cuando, de una hondonada formada por las rocas, apareció otro vehículo que se detuvo muy cerca.

De la torreta aparecieron siete hombres.

—Debe ser la dotación —dijo Breno-47 que, al darse cuenta, se había detenido.

—Cuidado —advirtió Tasso—. Llevan armas como las que te han herido.

—Con los trajes, no hay peligro.

Los hombres se situaron en posición de ataque, y no tardaron en abrir fuego.

Tasso se echó al interior de un surco, pero Breno-47 se mantuvo en pie.

Tal como había supuesto, los proyectiles surgidos de aquellas armas rebotaron contra la tela de su traje.

Cuando sus siete atacantes comprendieron que su acción quedaba neutralizada, volviéronse atrás.

Breno-47 les siguió:

—Esperad. Atacáis sin hacer preguntas, sin saber si soy o no vuestro enemigo. Pues bien, ahora me toca a mí.

Se lanzó, con extraordinaria habilidad, y consiguió sujetar a uno de aquellos humanoides.

Su antiguo atacante se revolvió.

Breno-47 utilizó las armas más antiguas de todas las especies humanoides: los puños.

Dos certeros impactos bastaron para derribar a su rival.

Tenía ante sí a otros dos de aquellos sujetos, que se aprestaron a ayudar a su compañero. Uno saltó tras él para sujetarle los brazos, y el otro pasó delante para golpearle.

Hábilmente, y con una fuerza poco común, consiguió desprenderse del que trataba de sujetarle los brazos a la espalda, mientras lanzaba ambos pies hacia delante.

Su agresor delantero recibió las dos coces en el rostro, y cayó hacia atrás.

El otro pretendió huir, pero, zancadilleado por Breno-47, cayó de bruces.

Otros cuatro sujetos intentaron reducirle, lanzándose simultáneamente contra él.

Uno a uno, Breno-47 los fue esquivando a todos. No eran endebles. Su constitución resultaba fuerte y su esgrima era ágil, pero el piloto de Andros era hombre hábil y, sin ser excesivamente corpulento, poseía una gran resistencia física y una pegada temible.

Distribuyó su fuerza contra cada uno de sus enemigos.

Alcanzados en uno u otro sitio vulnerables, todos fueron

cayendo.

Quedaba uno, que intentó alcanzar el vehículo blindado para escapar, pero Breno-47, lanzándose en plancha, le alcanzó.

—Tú, no, amiguito… Tú me dirás qué diablos ocurre en vuestro sistema… Tenéis ganas de pelear, pero supongo que entre vosotros habrá alguien con la cordura suficiente para atender a un extranjero…

El otro no replicó.

—¡Está bien! Nos ayudaréis de buen grado o a la fuerza… Ya me estoy cansando de andar de un lado para otro.

Le sujetó con fuerza, y subió con él hacia la torreta del vehículo blindado.

Se volvió, pensando en Tasso.

—Ya puedes salir. El peligro ha pasado.

Pero entonces vio cómo Tasso se las estaba entendiendo con la dotación de otro de aquellos extraños vehículos.

—¿Necesitas ayuda, Tasso? —inquirió.

Su ayudante no replicó, pero no hacía falta. También estaba mostrando su habilidad con los puños.

Cada uno de sus agresores era reducido.

Breno-47 sonrió.

—¡Listo! —exclamó su ayudante.

Poco después, se reunía con él.

—¿Creías que te iba a dejar? Lo que ocurrió es que surgieron esos tipos, y la tomaron conmigo —sonrió Tasso—. Pero a lo que se ve no son muy fuertes.

—No te confíes… Parece que son agresivos. Habrá que andar con mucho ojo.

Se metieron dentro del carruaje blindado, y Breno-47, indicando los mandos, ordenó al habitante del planeta:

—Conduce… Quiero hallar alguien responsable… Y no hagas tonterías… —Sacó la pistola de rayos, y añadió—: ¿Ves esto? Pues bien… Si una salpicadura alcanza tu sucia piel, quedarás desintegrado… Si no me entiendes, tanto peor para ti.

Si el habitante del planeta lo entendió o no, Breno-47 no lo supo, lo cierto es que el humanoide accionó los mandos, y el vehículo se puso en marcha.

Entonces, Tasso, mirando por un visor que permitía vigilar el

exterior, observó que la muchacha que había visto antes, salía del otro vehículo.

—¡Mira, Breno-47! Es aquella hembra… Los que me atacaron surgieron del vehículo a la que le habían llevado.

—¡Detente! —ordenó Breno-47 al habitante del planeta.

El otro pareció entenderle porque accionó una palanca, y el blindado detuvo su marcha.

—Cuidado con él —advirtió Breno-47. Y se dispuso a salir para ir en busca de la muchacha.

Momentos después, salía a la superficie, pero ella, al verle, echó a correr, visiblemente asustada.

—¡Eh! Espere… No soy de «ellos». Sólo trato de ayudarla…

Entonces, Breno-47 observó que, de otro lugar, surgía un tercer vehículo, idéntico a los otros dos.

Los constantes desniveles y accidentes del terreno le habían impedido verlo antes.

El vehículo marchaba en persecución de la muchacha.

Breno-47 esperó a ver lo que ocurría.

El blindado le salió al encuentro, cerrándole el paso.

De nuevo la chica se vio perseguida por otros siete hombres.

Breno-47 ya no tuvo más paciencia. Sacó su pistola y apuntó al vehículo.

Surgió un rayo del cañón, y el blindado quedó reducido a un montón de cenizas candentes.

Aquellos siete hombres quedaron ateridos y antes de que a ellos pudiera ocurrirles lo mismo, echaron a correr por la accidentada superficie.

La muchacha se volvió hacia su salvador. Entonces supo que nada debía temer de él, y se quedó donde estaba. En su rostro se esbozó una tímida sonrisa.

No cabía la menor duda de que aquella joven, de bello aspecto, precisaba ayuda.

Breno-47 se acercó a ella.

CAPÍTULO XV

Aunque el lenguaje de la hembra no correspondía al usual de Andros, Breno-47 podía entenderla mediante el librito de equivalencias.

El habla de la mujer era igual a la del hombre del pelo cano que fugazmente el piloto de Andros había conocido en el planeta donde fue atacado.

—Gracias por su ayuda —se hizo entender ella.

—¿Por qué la persiguen? —Quiso saber el piloto.

—¿De dónde procede usted? —inquirió ella, a su vez.

—Andros, IV galaxia —esquematizó el hombre.

—¡Oh! ¿Y cómo ha llegado hasta Juno?

—¿Juno se llama este planeta?

—Sí…

—¡Juno! Nunca había oído hablar de él.

—¿Dónde está su galaxia? En este sistema, tampoco se conoce. Acaso mi padre, el profesor Andrewich. Pero usted…

—La mía es una larga historia. Me gustaría hablar con su padre, o con alguien razonable.

—Es difícil, tal como están las cosas, pero creo que usted puede hacer mucho por ayudamos.

Tasso, que hasta entonces había permanecido a la expectativa, se aproximó.

Ella, al verle, dio un paso atrás. Breno-47, al darse cuenta, la contuvo con un ademán.

—Es mi ayudante Tasso. Yo soy Breno-47.

—¿Breno-47?

—¿Le extraña el nombre? ¿Cuál es el suyo?

—Ilona. Sin número.

—¡Ah! ¿Es el número? Bueno, a los policías espaciales nos ponen un número. Es nuestro distintivo. Breno-47. El nombre y el número

de mi nave. Está allí…

—Mi padre tendrá una gran satisfacción en conocerle Breno-47. Es un científico. Ha pasado la mayor parte de su tiempo estudiando, pero los hombres pretenden aprovecharse de su ciencia para destruirse los unos a los otros.

—En los primeros tiempos de cualquier planeta, ocurre siempre lo mismo… Cuando se superan las ambiciones llega la paz, pero, a veces, por algún imprevisto, todo se destruye. Es el signo de la historia. Ninguna civilización puede durar eternamente. Hay libros que hablan de esto…

—Sí. Papá dice lo mismo.

—¡Vamos! ¡Condúzcanos! —exclamó el piloto.

—Es un poco lejos… Mi vehículo ha sido inutilizado por los hombres de Korka.

—¡Korka! —exclamó Breno-47, agrandando los ojos y cambiando una mirada con su ayudante.

—¿Le conoce? —inquirió la joven.

—No. Nunca le he visto, pero causó la aniquilación de uno de nuestros planetas. Creí que le habíamos perdido para siempre, y la casualidad nos enfrenta de nuevo con él.

—Sí. Korka hizo un largo viaje. Nadie sabe dónde estuvo, pero regresó más cruel, más implacable.

—¿Sus hombres eran los que la seguían a usted?

Ilona asintió.

—¿Por qué?

—Korka pretende apoderarse del planeta y, desde aquí, dominar al resto de los habitáculos del sistema.

—¿Qué sistema es éste? ¿A qué galaxia pertenece?

—Orbita de Febo. Los antiguos habitantes dominaban un solo planeta y, según cuentan, en sus conquistas llegaron a pisar un satélite, y colocaron medidores y otros aparatos en varios de los planetas del sistema, pero también llegaron a la ambición desmesurada, y acabaron destruyéndose mutuamente…

—¿Y cual era ese planeta?

—Lo llamaban planeta Tierra —replicó ella sencillamente.

* * *

El profesor Andrewich corroboró:

—Sí. Planeta Tierra. Donde ustedes estuvieron, exactamente.

—¿Era el planeta Tierra? —preguntó Tasso.

—Ahora, le llaman otro nombre. Sobre las ruinas de la anterior civilización, hombres primitivos, supervivientes de una gran catástrofe, hicieron crecer nuevas ciudades… Durante siglos, toda la faz del planeta volvió a poblarse, pero, una vez más, los hombres han sido víctimas de la misma ambición.

—Ya hemos visto que estaban en guerra —replicó Breno-47.

—Una guerra que es el preludio del fin… Ahora están en los inicios. Han descubierto la desintegración del átomo, pero temen provocar la reacción en cadena porque todas las naciones poseen el arma terrible… Pero alguien dará el primer paso, y de nuevo todo volverá a arder. La destrucción total dará paso a otra civilización. Nunca los hombres llegarán a escarmentar…

—Hábleme de este planeta, profesor Andrewich —pidió el piloto —. Su hija dijo que se llamaba Juno.

—Sí. Forma parte del mismo sistema, regido por el astro Febo. Los de Nueva-Tierra han intentado llegar varias veces, pero sus intentos han fracasado. Para nosotros, resultaría más fácil. Conocemos muchos detalles de nuestros congéneres de la galaxia. Sabemos cómo son los habitantes de Nueva-Tierra, y conocemos sus costumbres, y hasta hablamos sus mismos dialectos lingüísticos, pero ahora todo se ha venido abajo.

—Por culpa de Korka —adujo Ilona, que hasta entonces había permanecido muda al diálogo sostenido en el despacho del profesor Andrewich, en un sótano de la ciudad monitor de Juno.

—Korka expuso su plan. Quería dominar la galaxia, empezando por Nueva-Tierra. Los hombres de ciencia nos opusimos. Nadie puede erigirse en dueño absoluto. La violencia engendra violencia, y si procedemos a desencadenar un ataque, no tardaremos en recibir las consecuencias.

—Comprendo —musitó el piloto.

El profesor prosiguió:

—Korka quiso imponer su voluntad a toda costa, y como es el jefe absoluto de la tropa, sitió las ciudades, sobre todo las más importantes y, mediante amenazas, obligó a todos a colaborar con él.

La hija de Andrewich añadió:

—Mató o torturó a las mujeres y niños de quienes se negaban a colaborar y, ante tamañas barbaridades, nadie osó negarse.

—Sólo yo quise mantenerme firme —adujo el profesor—. Tenía a mi hija segura… O creí tenerla, en el valle de la Paz.

—¿Valle de la Paz? —inquirió Breno-47.

—Es un lugar de descanso para los viejos que han alcanzado la edad octava. Después de toda una vida de trabajo, les es permitido pasar el resto de sus días en un valle, donde se les procura todo lo necesario para que no carezcan de nada. Tienen comodidades, descanso, bellas vistas y, sobre todo, la tranquilidad por la que todo ser de nuestro sistema suspira siempre.

—Un lugar ideal.

—¿No existe en su galaxia? —inquirió el profesor.

—Nuestro sistema es distinto. Desconozco los adelantos del suyo, pero allí el trabajo había llegado al punto máximo de racionalización. Cada casa era un valle de paz… Y nosotros, los policías, teníamos la misión de velar por esa paz. El trabajo del hombre era la creación. Cuanto ideaba tenía que trasponerlo a las máquinas y ellas cuidaban de diseñar y planificar. Los jefes de taller se encargaban del montaje de cada pieza, de cada cosa que precisaba ser fabricada para el consumo, y los científicos se ocupaban de perfeccionar las cosas, de simplificar, de idear nuevas materias, nuevos sistemas… Ahora, todo esto se ha perdido. Tal vez no podamos regresar jamás a nuestra base central.

Se hizo un silencio.

—Todos tenemos nuestros problemas —murmuró Andrewich.

—Siga hablando de este valle —rogó Breno-47.

El profesor bajó los ojos; su rostro se entristeció notablemente, al continuar:

—Korka se atrevió incluso a vulnerar la sagrada paz de ese lugar. Allí habían también algunas mujeres, entre ellas, mi hija. Cuidaban de nuestros ancianos, pero Korka no respetó nada. Aniquiló a los viejos, y dejó que sus hombres violaran a las muchachas… Las que pudieron escapar, como mi hija, fueron perseguidas…

Andrewich tuvo que hacer una pausa.

Ilona continuó por él:

—Ahora, me persiguen a mí para obligar a mi padre a trabajar

para ellos —dijo. Y añadió seguidamente—: Mi padre es el número uno en «arte científico».

—¿Qué pretende Korka de usted?

—Posee una fórmula para fabricar el «arma definitiva» —replicó Andrewich. Lo cual no era nuevo para Breno-47.

—Sí. Con esa arma destruyó todo un planeta. Basta una insignificancia, según lo poco que sé.

—¿Puede usted fabricarla? —inquirió Tasso.

El profesor se encogió de hombros:

—Supongo que sí. Pero preciso algunos elementos. Materias que no existen en nuestro planeta y, probablemente, tampoco están en Nueva-Tierra, pero puede conseguirse algo parecido, y él sabe que yo soy capaz de hacerlo. Me ha dado un tiempo concreto, con la amenaza de torturar a mi hija, de entregarla a sus mercenarios…

—Su hija está con usted, y no debe temer nada. Iré en busca de Korka… Mis armas son superiores a las suyas. Conmigo no podrá enfrentarse. Yo también tengo una cuenta pendiente con él. Quiero saber de sus andanzas en nuestro sistema, y si consigo averiguar que en Andros hay un solo habitáculo donde la vida se desenvuelva con normalidad, me lo llevaré para que se haga justicia. Korka es un criminal y, como tal, debe sufrir las consecuencias.

—Gracias por su ayuda, Breno-47 —replicó el profesor—. Pero debe tener mucho cuidado. Korka es muy astuto y listo.

—El destino me ha puesto frente a él, cuando le creía perdido… No tema, profesor, no voy a dejar que escape —aseguró el piloto de la IV galaxia de Andros.

CAPÍTULO XVI

—¡Han rodeado la zona! —gritó Pinker.

Pinker era un ayudante del laboratorio de Andrewich.

Venía del jardín que circundaba la casa del profesor, jadeando y casi sin aliento.

Breno-47 y Tasso estaban estudiando un plano de la ciudad y el reducto amurallado que constituía la residencia y guarida de Korka.

Dejaron su quehacer para ir junto al ayudante de Andrewich, que seguía informando:

—Lo han rodeado todo con vehículos blindados. Creo que se han concentrado todos los jefes del Estado Mayor.

—Me lo temía —murmuró Andrewich—. De algún modo u otro pensé que acabarían descubriendo mi último refugio.

La hija del profesor se apresuró a consolarle:

—No te preocupes, padre. Tú sigue negándote. Yo misma me entregaré a ellos. Así comprenderán que nada podrá doblegar tu voluntad.

—Eso no serviría de nada —replicó Breno-47, interviniendo—. Aunque yo no conozca sus costumbres, imagino que, una vez usted en poder de Korka, si el profesor sigue negándose, le aniquilarán también a él.

Tasso asintió, murmurando a la vez:

—Son normas viejas. Creí que estas cosas ya no ocurrían en la actualidad.

—Primero sepamos si Korka está completamente seguro de que usted se halla aquí.

El profesor murmuró:

—Este laboratorio subterráneo fue construido en secreto para casos de emergencia. No creí que nadie conociera su existencia, pero, de un modo u otro, Korka lo ha averiguado…

—Esperemos —insistió el piloto.

No tardaron, sin embargo, en llamar a la puerta. A través de un fono-receptor, la voz de un jefe —cuyas palabras tradujo el profesor para que Breno-47 pudiera entenderlas—, dijo:

—Sé que está en el sótano. Salga, Andrewich. Salga con su hija y esos extranjeros. Les hemos detectado. Sabemos que están todos ahí. Si no lo hacen, les hundiremos.

La conexión quedó cortada. Andrewich asintió:

—Sí. Poseen detectores especiales. Son aparatos ultrasensibles. Pueden encontrar a quien deseen, por su grado de electricidad. Cada cuerpo tiene el suyo. Cada una de nuestras células contribuye a formar la graduación por la que se rige nuestro cuerpo y, por ella, es posible ser detectado. Ya le dije que Korka es sumamente inteligente…

—Lo que no comprendo —murmuró Tasso— es que al lado de cosas primitivas disponga de otras que suponen un considerable avance.

El profesor arqueó las cejas, indagando el porqué de aquel comentario.

Tasso aclaró:

—Pueden detectar a las personas y, en cambio, carecen de armas eficaces. Korka posee una nave capaz de transportarle hasta la IV galaxia y, no obstante, para moverse dentro del planeta sólo dispone de medios rudimentarios y anticuados.

—Tiene una explicación sencilla —repuso el profesor. Y a continuación, añadió—: Desde hace varias generaciones, los hombres de ciencia hicimos una declaración de comportamiento pacífico. Avisados de las antiguas guerras del planeta Tierra y otros sistemas de nuestra galaxia, y para evitar los males que a la larga acaban destruyendo a los humanoides, todos hicimos el solemne juramento. Así, de este modo, todos nuestros avances se han limitado al campo científico, como la creación de naves para viajes de estudio, pero no de carácter bélico. Para ello, y para uso defensivo, seguimos utilizando los viejos sistemas.

—¿Y si alguien les atacara, desde el exterior? —inquirió Tasso.

—Tenemos sistemas de detección… Esto nos tiene siempre al corriente de los avances de los demás planetas de nuestra galaxia. Si supiéramos que alguno de ellos ha logrado armas capaces para aniquilarnos, y se dispusiera a mandar sus naves sobre nosotros, nos

daría tiempo de preparar nuestras defensas, siempre y cuando hubiésemos agotado todos los recursos pacíficos.

—Una idea muy loable —replicó el piloto.

—En cuanto a lo rudimentario de los sistemas de transporte por nuestro planeta, disponemos de naves para los viajes largos, pero en el interior de las ciudades, las distancias son relativamente cortas. Nuestros vehículos reactores, aunque puedan parecer lentos a quienes como ustedes proceden de otros lugares con sistemas más avanzados, a nosotros nos bastan.

El fono-receptor repitió la orden de salir de la casa, añadiendo que era el último aviso.

—Vamos a hundirlo todo, Andrewich. Salgan inmediatamente, sin oponer resistencia. ¡Salgan!

La orden no admitía demora.

Con un ademán, Breno-47 indicó que todos conservaran la calma:

—Yo me las entenderé con Korka. No se muevan.

Comprobó que su pistola estaba en la funda secreta del pantalón que se ajustaba a sus piernas como una segunda piel, y se dirigió hacia la salida.

Apenas cruzado el umbral de la puerta de la casa, se encontró con una auténtica muralla de coches blindados, frente a los cuales, un sin número de hombres apuntaban sus armas hacia la casa.

La gran concentración parecía destinada a capturar a todo un ejército y, sin embargo, dentro sólo quedaban cuatro personas. El profesor, su hija, el ayudante de Andrewich y Tasso.

Breno-47 utilizó el lenguaje con el que hasta entonces había conseguido entenderse con aquella gente.

—Quiero ser conducido a presencia de Korka —dijo.

Nadie pareció hacerle el menor caso.

Sin contemplaciones, sacó su pistola.

Para mayor seguridad, había salido con la escafandra, sabiendo que con ella, además del traje, era completamente invulnerable a las armas de los habitantes de Juno.

Apuntó con la pistola de rayos Láser contra uno de los vehículos.

—Necesitáis una demostración, y voy a hacerla.

Roció el blindado, que en breves momentos desapareció tras una humareda.

Apuntó hacia otro de los vehículos, y los hombres que estaban delante de él, se apartaron velozmente.

Pulsó el botón, y una vez el rayo hubo alcanzado la carcasa del vehículo, éste quedó esfuminado, convertido en un insignificante montón de cenizas.

—Y ahora, haré lo mismo con vosotros, si preferís seguir haciéndoos los mudos.

Entre los hombres apareció uno con aires de jefe:

—Conocemos tu poder, extranjero… Y serás llevado a presencia de Korka, siempre que consigas que los que están dentro salgan. De lo contrario, volaremos la casa, y todos morirán.

—Antes de que podáis hacerlo, yo habré terminado con todas… En adelante, no lances baladronadas, sin saber la fuerza de tu enemigo.

El hombre pareció dudar, y Breno-47 insistió:

—Debes aceptar mis condiciones, antes de que pierda la paciencia. Soy el más fuerte.

Y apuntó contra otro vehículo.

—¡No! No destruyas nuestros carros blindados… Sea lo que tú quieres —accedió el jefe.

Y con un ademán, le indicó que siguiera.

CAPÍTULO XVII

El vehículo traspuso la puerta para situarse al otro lado de la alta muralla que rodeaba la fortaleza de Korka.

Momentos después, Breno-47 era introducido en el palaciego aposento.

Paredes funcionales y columnas aguantando el techo, y una doble hilera de soldados custodiando el paso del piloto hasta llegar a un pequeño estrado, sobre el cual, como un dios, y en estudiada actitud, estaba el dueño y señor absoluto de Juno. El hombre que había destruido el planeta experimental
Jun-Gan
, y el que pretendía dominar la galaxia.

Vestía una capa traslúcida, que ocultaba un mono ajustado al cuerpo, de líneas corrientes en los viajes interplanetarios. Una capucha, convertible en escafandra, de tipo blando y adaptable, ceñía su cabeza.

Miró con sus ojos indolentes y cínicos al recién llegado.

—¿Conque tú eres el poderoso extranjero que atemoriza a mis soldados? —Sonrió.

—Sí, Korka, y ni todo tu ejército puede asustarme. Soy más fuerte que todos juntos.

—¿Eso crees tú?

—Y lo creerás, cuando sepas de dónde vengo y qué es lo que deseo de ti.

—Habla. Me gusta ser complaciente con mis invitados —sonrió Korka, muy dueño de sí.

—No estás en condiciones de fanfarronear, Korka. Sería un necio si no estuviera consciente de que puedo con todos tus sistemas. Atiende bien, y luego haz lo que quieras, pero ten presente que, cuando salgas de aquí, lo harás en mi compañía y en calidad de prisionero.

—Valentía no te falta. Otros, con menos osadía, han muerto por intentar enfrentarse conmigo.

—Lo creo. Eres un criminal de la peor especie…

—Habla de prisa. Di lo que sea, porque no voy a concederte mucho tiempo.

Lo dijo con voz impertinente, con una seguridad que no estaba en condiciones de poder sostener.

—Escucha, Korka. Procedo de la IV galaxia de Andros… Tú estuviste allí. Sé que tu nave sufrió un despiste, y unos hombres de buena fe te acogieron. Fue en un planeta experimental llamado
Jun-Gan
.

Por primera vez, Korka palideció.

Reaccionando inmediatamente, dio una orden en su idioma original.

Los soldados avanzaron. Sus armas encañonaron a Breno-47, pero éste había sacado ya su pistola, infinitamente superior en eficacia.

—¡No, Korka! De sobra sabes que sin estar en posesión del «arma definitiva», puedo aniquilarte ahora mismo, y los proyectiles de las armas de tus hombres no conseguirán hacer mella en mí.

Korka retrocedió hasta el pupitre que constituía su lugar de trabajo.

—Estás en mi poder, Korka… Y te llevaré conmigo, a menos que prefieras que haga justicia aquí mismo.

Encaró su pistola contra el aturdido jefe de Juno.

—Asesinaste a un planeta entero. Convertiste
Jun-Gan
en una masa de llamas. Desconectaste todo nuestro sistema, y tal vez seas culpable de otras cosas, que tú me explicarás… Por ejemplo, ¿qué hay de la contaminación de la atmósfera de Filmor?

—No sé nada… No sé nada de esto. Detuve mi nave para reponer combustible… Luego, salí de allí.

—¿Y cómo pudiste llegar de nuevo hasta Juno? Tú te habías perdido. ¿Cómo encontraste el rumbo?

—Esto es que tú tampoco lo sabes, ¿verdad? —Sonrió Korka, asomando en sus ojillos nuevamente la expresión triunfante.

—¡Contesta!

—No… No, piloto. Tú me necesitas para volver. Yo dispongo de un plano único… Sin él, es imposible llegar hasta la IV galaxia de Andros. En el espacio, todos los caminos son iguales. Sólo existen las rutas conocidas de la próxima galaxia, pero se ignora todo, en lo referente a las demás…

—Está bien, Korka… Soy el representante de más rango de mi galaxia y, según nuestras leyes, puedo constituirme en juez, y como tal, te juzgo y te condeno…

—¡Espera! Todo es inútil… Jamás podrás volver a tu habitáculo… Si me matas, nunca encontrarás el camino.

—Sí… Lo encontraré. Aunque tenga que emplear toda mi vida, lo encontraré.

Korka se sentó tranquilamente detrás de su pupitre.

—Está bien, piloto temerario. Tú tienes los triunfos en tu mano. Tu pistola puede aniquilar a los míos, y puedes matarme a mí también, pero he transmitido una orden tajante. Si yo muero, también morirá tu compañero, y los que están en la casa del profesor Andrewich, de quien, al parecer, en poco tiempo te has hecho muy amigo.

Breno-47 siguió encañonando a Korka.

—Ésta es mi última palabra, piloto. Dispara. Yo también sé jugar fuerte… Pero mi muerte traerá consigo la de tu ayudante, y tus amigos. Mi vida, a cambio de la de ellos.

Breno-47 dudó.

Jamás, en su misión de policía, había pactado con nadie. Nunca admitió tratos con malvados, pero la situación que se planteaba en aquellos momentos era bien distinta a la de otras esporádicas ocasiones.

Korka sonrió de nuevo, comprendiendo que aquella vez se había impuesto de forma definitiva.

Haciendo uso de su recobrada seguridad añadió:

—He aquí mi propuesta. Vete con tu compañero. No intervengas para nada en nuestros asuntos, y déjame tu pistola… No es el arma definitiva, pero será una valiosa ayuda para mis planes… ¡Ah! Y tu traje y tu escafandra. Ya he visto que es a prueba de proyectiles…

Breno-47 quedó pensativo.

—¿Qué contestas?

—¿Qué hay del profesor y su hija?

—Puedes llevártelos contigo… Ya ves que soy condescendiente. Hay otros profesores. Acabarán consiguiendo lo que busco, y, entre tanto, dispondré de tu pistola y la invulnerabilidad de tus ropas.

—¿Y si no acepto?

—Todos morirán. Y repito que no me importa que me mates a mí también. Otros continuarán mi labor.

Breno-47 sopesó la situación. Aunque pudiera destruir a todo aquel ejército a las órdenes del malvado, la vida de Tasso estaba en peligro, y la del profesor, la de Ilona. Pero dejar la pistola a manos de Korka era poner en peligro a toda la comunidad.

Asintió, al fin:

—De acuerdo, Korka… Tendrás mi pistola. Pero quiero, además, el mapa para regresar.

—De acuerdo. Tendrás el mapa. Dame la pistola.

—No me creerás tan confiado, ¿verdad, Korka? Con mi pistola, podrías volverte atrás de tus promesas.

—¿Qué pretendes?

—Las mayores seguridades. Regresar al laboratorio. Salir con la gente que hay allí hasta mi nave. Repostar, y, una vez a punto de partir, tendrás mi pistola. Puedes, entonces, entregarme el mapa.

Korka pareció dudar.

—De acuerdo, sea —admitió.

CAPÍTULO XVIII

—Creo que se confió usted demasiado —murmuró Ilona.

—No tenía otra opción. Amenazó con matarles, y no dudo que hubiera cumplido su palabra.

—Ahora, morirán más personas, si posee esa arma —indicó el profesor.

—No creo. En primer lugar, porque la gente, al saberle en posesión de la pistola, una vez haya visto su funcionamiento, no intentará resistirse…

Tasso observaba a su jefe, que, a su vez, miraba en tomo a la estancia donde se encontraban.

Era una especie de salón, compendio de la vida hogareña de la casa.

—Bueno. Prepárense. Salimos para un largo viaje… Creo que es lo mejor para usted, profesor.

—No estoy seguro. Me gustaría conocer las maravillas de su galaxia, pero creo que mi sitio está con los míos.

—¿Trabajando para Korka?

El profesor dudó, y fue su hija la que adujo:

—Breno-47 tiene razón. Aunque te duela marchar, tienes que hacerlo. Korka te obligaría.

—Está bien. Me iré, sí, pero ojalá pudiera volver.

—No pierdan tiempo. Preparen sus cosas.

Cuando Breno-47 y Tasso quedaron a solas, el ayudante murmuró:

—El reproduc…

No pudo concluir la frase, porque Breno le aplicó la mano en la boca, obligándole a callar.

Con un ademán, indicó que en la casa había instalados micrófonos. O, por lo menos, había que pensar en tal posibilidad.

Tasso comprendió y, con una sonrisa, musitó:

—Creo que pactaste lo acertado. Nos quedaremos sin armas… Aunque, claro, dispongo de la mía, y ésta no entra en el pacto.

—Exacto. Ya pensé en ello. Un arma es muy útil para casos de defensa —replicó con voz normal Breno-47.

Siguieron hablando de cosas que en nada podían comprometerles, y, mientras, Breno-47 se aplicaba a la tarea de reproducir varias pistolas. Los dos rayos funcionaban a la perfección, y sobre el estante elegido para dejar la reproducción surgía la nueva arma.

Breno concluyó en cuanto tuvo hechas cinco pistolas, a imagen exacta a la suya y la de su ayudante Tasso.

Entonces, señaló los trajes y escafandras correspondientes.

Piloto y ayudante continuaron hablando sobre el viaje que iban a emprender, mientras el reproductor se dedicaba a los trajes primero y a las escafandras después.

Sólo hizo dos objetos de cada.

Breno murmuró:

—Seremos cinco.

—Lo sé. Pero en la nave tenemos algunos de repuesto. ¿No es cierto?

Tasso asintió:

Momentos después, el profesor y su hija tenían listo el breve equipaje para su inesperado y largo viaje.

—Profesor… Tenemos que repostar… Supongo que si Korka llegó a nuestra galaxia con su combustible, nosotros también podemos utilizarlo.

Tasso indicó con un ademán el reproductor, como queriendo decir que podrían servirse de él para lograr el carburante, igual que habían hecho hasta entonces, pero, por algún motivo ignorado, el piloto se limitó a negar con la cabeza.

Poco después, salieron de la casa. Breno-47 llevaba al hombro el fusil reproductor.

—Deberías haberlo escondido —murmuró Tasso.

—Las cosas que se llevan a la vista son las menos sospechosas, Tasso.

Fuera, esperaba un escuadrón de leales servidores de Korka. Un vehículo estaba a su disposición, y Korka iba en el interior del mismo.

—Suban. Como ven, estoy dispuesto a cumplir mi pacto hasta el final.

Se introdujeron en el vehículo blindado, con puertas laterales.

Eran ocho personas en total. Un conductor, el guarda personal de Korka, el propio Korka, el profesor, su hija, el ayudante, Tasso y Breno-47.

El viaje hasta el lugar donde estaba la astronave se efectuó en un profundo silencio.

—Tendremos que desviamos para proveemos de combustible —dijo Breno-47.

—No hay inconveniente —replicó Korka y, con una seña al hombre que conducía el vehículo deslizante, indicó que tomara el camino conveniente.

Poco después, entraban en un edificio. El propio Korka dio las órdenes para que les fuera entregada una lata de combustible.

—Es sólido. No tan bueno como el de ustedes, pero yo conseguí llegar… Tendrán que arreglárselas como puedan.

La estructura del depósito era bastante parecida, aunque Breno-47 comprendió que tendría que efectuar algunos arreglos, pero como no tenía nada mejor, aceptó.

Más tarde, llegaron junto a la astronave. Allí parecía que se había concentrado todo el ejército de Juno.

Los hombres dejaron paso a su jefe, que abría la comitiva. Detrás, dos soldados cerraban la marcha, custodiando a los futuros viajeros.

Al llegar al pie de la nave, Korka tendió la mano.

—Las pistolas… —sonrió.

—¿Cómo?

—Sí; he dicho las pistolas… Incluyo la de su ayudante. Dos siempre serán mejor que una.

—Está bien… —aceptó Breno-47—. El mapa.

Korka sacó algo de su bolsillo. Era un pliego.

—Es una copia —dijo, alargando la mano, pero retirándola en cuanto el piloto iba a coger el mapa.

—Las pistolas —insistió.

Era un juego en el que nadie se fiaba de nadie.

—Dámela, Tasso —pidió Breno-47.

Su ayudante obedeció.

Antes de entregar las dos armas, propuso:

—El profesor, su hija y el joven que les acompaña pueden empezar a subir, entretanto. ¿No le parece?

—No hay inconveniente —admitió Korka.

Los aludidos obedecieron.

Cuando estuvieron dentro de la nave, Breno-47 tendió la mano con las dos armas, y la otra, a fin de recoger el mapa.

Simultáneamente, fueron entregadas las armas, al tiempo de recibir el plano.

—Trato cumplido —dijo Breno-47, alargando los dos trajes junto con las dos escafandras que computaban el lote.

—¡Espere! —exclamó Korka—. ¿Qué es eso?

Había señalado el fusil reproductor.

—Un objeto de uso personal.

—Un arma.

—Le aseguro que no.

—Déjeme verla.

—Está bien…

Breno-47 se la entregó, y Korka la examinó con curiosidad.

—Dos cañones, un botón, un seguro… Voy a probarle contra su nave.

—¡No!

—Conque no es un arma, ¿verdad? —Sonrió Korka, lleno de desconfianza.

—No —repitió.

Dejó que Korka apuntara hacia la nave, mientras el otro cañón —el reproductor— formaba ángulo recto.

Tasso miraba a su jefe, con rostro compungido. Korka estaba a punto de descubrir el secreto de la reproducción de objetos inorgánicos.

Pulsó, por fin, el botón, y el rayo envolvió en una nube a la nave, al mismo tiempo que en el ángulo apuntado por el cañón número dos se formaba otra nube.

Aquella vez la duración del experimento duró bastante más, pero cuando, al fin, ambas nubes se disiparon, todos pudieron ver, con ojos asombrados, lo que parecía un prodigio.

—Es el invento más genial que he visto en mi vida —afirmó Korka, observando el fusil como si fuera el más preciado de los

tesoros.

Tasso imaginó que ya nunca más querría desprenderse de él.

Y acertó.

—Bien, Breno-47… Lo adjuntaré a sus pistolas.

—Esto no es lo tratado.

—¿Prefiere que no les deje marchar? Ahora, tengo sus armas. Podría obligarles.

—¡Vamos, Tasso! —Fue la lacónica respuesta del piloto-jefe.

CAPÍTULO XIX

La nave se puso en marcha, utilizando los restos del combustible que todavía quedaban en el depósito.

Tasso hizo un comentario a la actitud impasible de su jefe:

—Pudimos hacerles frente. Tenemos nuestras pistolas…

—Y ellos —indicó a los otros tres que les acompañaban—, también tienen reproducciones. Un ataque por sorpresa, y ahora volveríamos a poseer el reproductor.

Dando los aumentos necesarios al visor, pudieron observar cómo, abajo, Korka estaba multiplicando la nave que poco antes había quedado reproducida.

—Ahora conseguirá más armas, y toda la galaxia correrá un grave riesgo.

Tasso había contagiado el pesimismo a los otros tres ocupantes.

—Su compañero tiene razón —objetó el profesor Andrewich—. Esas armas, en poder de un criminal como Korka, serán temibles.

Antes de que el piloto pudiera contestar, la aguja del combustible señaló que se estaban gastando las últimas reservas.

—Vamos a quedar flotando unos instantes, mientras intento hacer el cambio. Después, proseguiremos esta conversación, y les diré por qué he obrado de esta manera.

Breno-47 desapareció bajo el piso para introducirse entre la maquinaria.

Permaneció bastante tiempo para conseguir introducir el combustible fabricado para otro aparato en el depósito de la astronave. No obstante, lo consiguió.

Asomando, pidió a Tasso que probara.

—Mantén el rumbo.

—Rumbo mantenido.

—Acelera reactores.

—Reactores acelerados.

—Comprueba ritmo.

Tasso manipuló unos mandos, consultó los aparatos y afirmó:

—Normal.

—Bien. Parece que no hay fallos.

Tasso adujo:

—El poder calorífico es inferior. Parece más lento.

—Lo importante es que funcione —replicó Breno-47, tapando ya la entrada de la pequeña sala de máquinas.

Entonces, el profesor, mirando a través de una de las puertas de material transparente, exclamó:

—¡Miren! Las reproducciones de Korka nos están siguiendo.

—¡Es verdad! —asintió Tasso.

Tras ellos, un enjambre de astronaves venían siguiéndoles.

—Parece que tratan de envolvernos —dijo Tasso.

—Déjame los mandos, y ustedes pónganse, todos, los trajes espaciales y las escafandras… ¡Tasso! ¿Has encontrado los de repuesto?

—Sí. Hay cuatro.

—Todavía sobrará uno. Dense prisa. Vamos a entrar en la zona de ingravidez.

Sobre sus propios vestidos, los ocupantes de la astronave se apresuraron a enfundarse los trajes espaciales y las correspondientes escafandras.

Tras el vehículo seguían las otras naves. Las más próximas pusieron los cañones en posición de disparo.

—¡Piensan atacarnos! —exclamó Tasso.

La voz de Korka llegó hasta ellos a través del fono-receptor de corta distancia:

—Ustedes van a ser mi primera experiencia… ¿Me oye, Breno-47? Voy a destruirle, y así comprobaré mi auténtico poder.

—Éste no era el trato, Korka…

—Usted sería un peligro constante para mí, y, cuando domine toda la galaxia, quiero vivir tranquilo, sin pensar que sus naves puedan venir a atacarme, o a vengarse por lo que hice —replicó la impasible voz de Korka.

—No es posible fiarse de un hombre como él. Es un traidor —masculló la joven Ilona.

—No se preocupen —murmuró el piloto, cortando

momentáneamente la conexión—. En realidad, ya esperaba algo parecido.

—No debiste darle el reproductor —espetó Tasso.

—Ahora no puedo explicar por qué lo hice, pero espero que mis cálculos no fallen.

Las naves enemigas, fiel reflejo de la tripulada por Breno-47, se estaban acercando.

—Llegamos a la zona límite. Vamos a cruzar, dentro de breves instantes —advirtió Breno-47.

—¡Adiós! —exclamó Korka—. No puedo decir que sienta librarme de ti, Breno-47.

Los cañones de las primeras naves fueron accionados casi al unísono. Los rayos de fuego surgieron por las distintas bocas cuando Breno-47 trasponía la zona gravitatoria para entrar en el campo de la ingravidez.

Los rayos quedaron como esfuminados, sin fuerza para proseguir.

—¡Cuando estén en idénticas condiciones a las nuestras, continuaremos en peligro! —exclamó Tasso.

—Espero que te equivoques, Tasso —replicó el piloto.

Su ayudante comprendió que Breno contaba con algo; de lo contrario, se hubiera mostrado menos seguro.

Y las astronaves enemigas cruzaron también la barrera, y continuaron disparando.

Los rayos mortíferos llegaban hasta la nave, y Tasso, con ojos muy abiertos, comprobó que sus efectos destructores parecían haberse conjurado.

—No lo comprendo… ¿Qué es lo que ocurre?

Breno puso el piloto automático, y se volvió hacia sus compañeros de viaje.

—Señores… Hay una explicación bastante lógica… Conseguí ese planeta reproductor en el planeta Filmor, cuya atmósfera envenenada obligó a la gente a evacuar el habitáculo. Desgraciadamente, las naves se desintegraron en el aire. Cuando nosotros llegamos allí, uno de los dos únicos supervivientes estaba trabajando en la consecución de la fórmula para accionar el aparato reproductor, ¿es verdad, Tasso?

El ayudante asintió.

—Bien… Al parecer, quien estaba intentando a marchas forzadas encontrar esa fórmula, sabía que había un fallo en el sistema, un fallo, sin duda imprevisible, que hacía que las reproducciones conseguidas con el aparato no tuvieran la eficacia de los originales.

—¿En qué se basa la reproducción? —inquirió el profesor Andrewich.

—Átomos de oxígeno e hidrógeno. Al actuar sobre la estructura del objeto a reproducir, consiguen la copia exacta, mediante una disposición de los respectivos chorros que desprende el doble tubo, y actúa de manera que, una vez los átomos de la materia inorgánica se reproducen, queden de nuevo intactos los del original… Lo verá técnicamente en este plano, profesor. —Y tendió uno de los muchos documentos que se había llevado de Filmor.

Andrewich lanzó una exclamación de asombro.

—¡Nunca se sabe lo suficiente! Esto es realmente fabuloso.

—Pero no perfecto. Me di cuenta de ello cuando utilizamos por primera vez el reproductor para hacernos con más combustible… ¿Qué pasó, Tasso?

—No sé. Todo iba bien hasta que… Pero ¿crees que fue el carburante reproducido?

—Estoy convencido de ello. Recuerda que ocurrió dos veces. Sólo que en la segunda ocasión pudimos hacernos con la nave.

—¿Qué pasó? —Quiso saber Andrewich.

Breno-47 explicó el extraño fenómeno que les condujo en vertiginoso vuelo a través del espacio, hasta llegar al planeta que los de Juno llamaban Nueva-Tierra.

El piloto concluyó:

—Lo que ocurrió realmente fue que el combustible no actuó como tal. Habíamos tomado impulso y, guiados por la inercia, entramos en una de las zonas donde la influencia de varios astros juega un papel decisivo en los objetos voladores incontrolados. Por lo tanto, fuimos materialmente «tragados» por el campo magnético del planeta Nueva-Tierra. Entonces, una vez dentro de la zona gravitatoria, fue posible hacernos nuevamente con los mandos… Esto es, que el combustible reproducido es válido únicamente cuando se vuela sobre una zona donde existe la ley de la gravedad, pero no en pleno cosmos, donde se necesita una reacción muy superior para mantener la trayectoria de todo vehículo espacial.

—Me gustaría poder estudiar esto —dijo el profesor—. No obstante, si el principio se basa en átomos de oxígeno, necesita una base de acoplamiento que la simple reproducción no le da.

—Exacto, profesor —repuso el piloto—. Y la segunda experiencia la tuvimos cuando salimos del planeta Nueva-Tierra, y si pudimos hacemos con los mandos se debe, si no me equivoco, a que hay un espacio muy pequeño entre la zona de atracción de Nueva-Tierra y Juno.

—Cierto —admitió el profesor.

—Entonces, cuanto combustible reproduzca Korka, le será totalmente nulo, si piensa utilizarlo para vuelos interplanetarios.

—¿Y las pistolas? —inquirió Tasso.

—Igual que los cañones. La fuerza del Láser queda mermada, y su rayo no pasa de ser un chorro de luz inofensiva.

—Pero las naves funcionan… —murmuró Ilona.

—¡Y siguen persiguiéndonos! —exclamó Tasso.

—Se han aventurado demasiado… Durante el empuje, todo suele marchar bien, pero espero que, de un momento a otro, acusen su propia endeblez —dijo el piloto, mirando por el retrovisor.

Y cuanto presumió, no tardó en cumplirse.

A través del fono-receptor sonó una estruendosa explosión.

Los ojos de los ocupantes de la nave tripulada por Breno-47, pudieron ver cómo el primero de los vehículos seguidores se desintegraba en el espacio, y sus partículas diminutas quedaban convertidas en polvo cósmico.

A la primera explosión, siguió una segunda.

Primero se producía una bola de fuego, que desaparecía rápidamente, para quedar primero reducida a una nube formada por los fragmentos inorgánicos de la reproducción.

—¡Están estallando todas! —exclamó el ayudante de Andrewich, silencioso hasta aquel momento.

Una a una, todas las astronaves quedaban convertidas en nada.

—Korka está perdiendo todo su ejército —dijo Tasso.

—Él se lo ha buscado. Por eso dejé que viera el reproductor, y lo probara. Comprendí que no nos dejaría huir, y por eso reproduje también las armas. Las suyas, es posible que, por ser reproducciones, resultaran inofensivas, igual que las de ustedes tres. Tasso y yo conservamos las originales… No obstante, imaginé que

un hombre como Korka no es de los que cumplen su palabra. Nos habría perseguido, y, aunque nuestra nave contra las suyas es invulnerable, ignoramos qué nos espera. Ni siquiera sabemos dónde iremos a parar. No creo en la veracidad del mapa que me entregó y, aunque diéramos con la ruta, es probable que en la IV galaxia no quede ya un soplo de vida. Tengo mis motivos para pensarlo así…

Hizo una pausa, y añadió:

—Sí. Por esto tendí la trampa a Korka, y cayó en ella. Cuando lucho, me gusta elegir mis armas. Es lo que hice.

Se hizo un silencio. Todos comprendieron que la actitud de Breno-47 había sido la más acertada y la más inteligente, de acuerdo con las circunstancias.

El silencio fue interrumpido por nuevas explosiones.

Las naves seguían estallando, a intervalos.

En el fono-receptor se captó la voz de Korka:

—Todos atrás. Atrás… Estas naves no aguantan el estado de ingravidez.

Breno-47 hizo virar también su nave y, a través del visor de aumento, divisó la de Korka.

Tasso también observaba la ruta.

—¡Tiene suerte! —exclamó el compañero de Breno—. La suya no ha estallado.

Poco después, vieron cómo se alejaba. Una simple ojeada a la situación les hizo comprender que Korka había entrado de nuevo en la zona gravitatoria de Juno.

—¡Se ha salvado! —exclamó el profesor Andrewich.

Y Korka, libre, era un terrible peligro.

CAPÍTULO XX

Algo ocurría en los mandos de la nave.

Breno-47 descubrió la causa.

—El carburante. Se está gastando demasiado aprisa… Debe ser de una calidad inferior.

—Korka también ha hecho su juego —murmuró Tasso.

—Sí. Y no creas que no imaginaba algo por el estilo. Por esto no podía exponerme a una lucha en el cosmos. A pesar de nuestra invulnerabilidad, hubiéramos acabado sin carburante, y entonces sólo se puede esperar una cosa, quedar flotando en el espacio como náufragos, o ser engullidos hasta alguna zona gravitatoria, pero, una vez cruzada la barrera, sin carburante, la nave es absorbida por la fuerza de la gravedad, y el fin consiste en estrellarse contra cualquier planeta.

—Sólo hay una solución. Regresar a Juno —dijo el profesor.

—Demasiado peligroso —replicó el piloto-jefe.

—¿Y en Nueva-Tierra? —propuso Tasso.

El profesor negó:

—No están tan avanzados técnicamente para producir combustible apto para vuelos a larga distancia.

Quedó pensativo y agregó:

—No obstante, poseen los ingredientes para conseguirlo, aunque ellos lo ignoren.

—¿Podría usted fabricar el combustible necesario, profesor? —preguntó Breno-47.

—Podría intentarlo, pero dudo que las gentes del habitáculo me dejen utilizar sus fábricas. Ahora, ellos están en guerra. Una guerra que han expandido por todo su mundo.

—Debemos intentarlo, profesor… Es el único medio. De lo contrario, no puedo responder de lo que ocurriría.

—¡No hay suficiente, Breno! —exclamó Tasso.

—Lo sé… Pero queda un recurso. ¿Recuerdas la segunda vez que estuvimos a punto de perder el control?

Tasso asintió.

—Bajé a la sala de máquinas, y entonces se me ocurrió lo de la baja calidad del carburante reproducido.

—¿Y qué hiciste?

—Aprovechar todas las reservas de emergencia, y aún quedan algunas. Las utilizaremos.

Breno-47 era el piloto con soluciones para todo, aunque aquella vez la tarea se presentaba mucho más difícil.

* * *

Habían alcanzado de nuevo la zona de atracción de Juno, y se dirigían a toda la velocidad posible hacia el espacio intermedio para entrar en el campo de atracción de Nueva-Tierra.

El detector de corta distancia indicó una señal de peligro, y Tasso comprobó que justo a la cola había surgido una nave que parecía perseguirles.

—¡Es una de las de Juno! —exclamó Andrewich.

Su ayudante corroboró:

—Es una nave de patrulla. Debe haber recibido órdenes Se Korka, y viene hacia nosotros.

—Prepara los cañones, Tasso. Si ataca, le haremos un buen obsequio.

Pero entonces el compañero de Breno-47 hizo notar la presencia de nuevos vehículos espaciales.

—¡Es la flota de guerra! —exclamó Andrewich, mirando por el aumentado visor.

Su hija apostrofó:

—Korka debe haber dado instrucciones, y ha lanzado a todas sus viejas naves contra nosotros.

El ataque no tardó en empezar. Las naves de Korka, utilizando proyectiles de grueso calibre, abrían fuego constantemente.

—Seguimos siendo invulnerables —declaró Tasso.

—Sí —adujo el piloto—. Pero no a los encontronazos. —Y señaló una de las naves, que se lanzaba contra ellos, en forma suicida.

La habilidad de Breno-47 consiguió esquivar el golpe.

La nave pasó como un meteoro, y fue a chocar contra otra de las

suyas, que intentaba lo mismo por la parte de atrás de la pilotada por Breno-47.

—¡Otra! —advirtió Tasso.

Una tercera nave se lanzaba disparando y buscando el frontis del vehículo espacial de Breno, que esperó firme hasta el último momento para evolucionar.

—Así, van a perderlas todas —afirmó Tasso.

—Tal vez, pero si nos obligan a realizar más piruetas, acabaremos consumiendo todo el combustible. Esta lucha nos está demorando demasiado.

Era un verdadero enjambre de naves de combate las que perseguían a Breno-47.

Siempre esquivando, y procurando a la vez no perder el rumbo, transcurriría un tiempo precioso.

Al fin, el fono-receptor transmitió la voz de Korka:

—Volveremos a encontrarnos Ahora, voy con mi nave… Y acabaré contigo, Breno-47, por haber destruido lo mejor de mi ejército. Acabaré contigo, aunque sea lo último que haga en mi vida.

Korka era un ente enloquecido, que sólo pensaba en matar, matar. Deseaba vengarse de Breno, y no estaba dispuesto a retroceder ante nada.

Apenas había conseguido llegar a Juno con la nave reproducida, la cambió para salir en persecución de Breno-47 y los que le acompañaban.

—No escaparás, piloto… Te aniquilaré —seguía farfullando.

—¡Es aquél! —advirtió, de pronto, el profesor—. Conozco su nave.

Korka se lanzaba a embestir, sus cañones más potentes vomitaban fuego, y los proyectiles ligeramente dirigidos rebotaron en el fuselaje de la nave.

—¡Cuidado! No tiene fuerza para hacernos estallar, pero podrían perforar la materia, y entonces sería imposible mantener el control —advirtió Tasso.

—Lo sé, lo sé… Y estoy intentando de salir de esto. Utilizaré las defensas.

Dejó que Korka se aproximara, y apuntó con sus cañones.

La voz del enloquecido enemigo era captada a través del fono-

receptor.

—¡Atacad todos a la vez! —rugía a los suyos.

Las naves, aún inferiores, obedeciendo ciegamente a aquel ente enloquecido, se lanzaron contra el vehículo de Breno-47.

El piloto evitó en zigzag los proyectiles, a la vez que pulsaba los botones de disparo.

Varios rayos destructores surgieron de sus cañones.

Cada rayo, perfectamente dirigido, fue demoledor.

Las naves enemigas estallaban, envueltas en llamas para quedar reducidas a cenizas.

La de Korka no fue una excepción. A escasa distancia, recibió el chorro Láser N.

En breves instantes, no quedó del bólido más que partículas apenas perceptibles.

Era el fin definitivo de Korka y de todo su ejército.

* * *

No tuvieron necesidad de llegar al planeta Nueva-Tierra. Juno se había convertido nuevamente en el lugar pacífico que sus moradores deseaban.

El profesor, personalmente, cuidó de analizar el nuevo combustible para la astronave de Breno-47.

—Gracias —murmuró, cuando todo estuvo dispuesto para la marcha—. Usted nos ha ayudado. Todo el planeta le quedará para siempre agradecido.

—Hice sólo lo que estaba a mi alcance.

La hija del profesor también deseó suerte a los dos hombres:

—Ojalá encuentre el camino, y pueda ver a los suyos.

—Yo no tengo a nadie —replicó el piloto.

—Bueno —sonrió ella—. Si algún día desea volver, sabe que aquí siempre será bien recibido.

—Sí… Tal vez. No le digo que no. Me gustaría conocer ese paraíso que tienes ustedes… Ese valle de la Paz.

—Ustedes están más adelantados que nosotros —replicó ella.

—Bueno. Nunca se tiene todo por completo. En Andros la vida se ha convertido en una rutina. En el fondo, nadie está enteramente contento con lo que tiene.

Andrewich interrumpió la conversación:

—Un momento. Es la hora de escuchar los mensajes de Nueva-Tierra. Quiero saber cómo anda allí la guerra en que están metidos…

Desapareció un momento, y su hija murmuró:

—Es tarea de los científicos estar siempre al corriente de lo que sucede. Y papá nunca ha faltado a su deber.

Andrewich llegó poco después, con cara de satisfacción.

—Bueno, no podemos hacer nada por su guerra, pero… ¡Hay que ver lo desconfiados que son esos habitantes de Nueva-Tierra!

—¿Qué ocurre, papá? —inquirió Ilona.

—Parece que alguien afirma haber visto un objeto volante no identificado, pero la mayoría aseguran que se trata de un arma secreta del enemigo, y el caso es que en los dos bandos opinan lo mismo.

Tasso sonrió.

—Ese objeto bien podía ser nuestra nave.

—Seguro —admitió Breno-47.

—Estoy convencido de ello. Pero aunque volvieran ustedes al planeta, y hablaran con la gente, no les creerían. Siempre… Siempre han sido así de desconfiados.

—¡Pero si hablamos! —exclamó Tasso.

Breno sacudió la cabeza.

—Sí. Pero aquellas gentes no podrán informar jamás. Entraron en combate en seguida, y nadie quedó con vida para explicarlo.

Se despidieron definitivamente.

Había emoción en los ojos del profesor, y más aún en los de Ilona.

Cuando el piloto agitó los brazos para despedirse, ella creyó adivinar, por el movimiento de sus labios, una palabra:

«¡Volveré!».

Sí. Lo deseaba. Era de otro habitáculo, pero, físicamente, parecido. Él era un hombre y ella, hembra. En todos los lugares donde habían humanoides, existía atracción más poderosa que la fuerza de gravedad. La de los sexos, llámese amor, entendimiento, inclinación o lo que sea.

La nave se perdió rápidamente hacia el espacio infinito.

EPÍLOGO

Pasó mucho tiempo, pero el piloto patrullero Breno-47 y su ayudante Tasso consiguieron llegar a la base central de la IV galaxia en Andros.

Era un lugar desierto.

El peligro permanente de contaminación impidió que Breno y Tasso se quitaran los trajes y las escafandras, y ello no les permitió sentir el hedor que, a pesar del paso del tiempo, desprendían los cuerpos de los habitantes que no habían podido huir a tiempo.

Eran cuerpos corruptos, metidos en sus respectivas viviendas, único vestigio de una civilización extinguida.

En la oficina de control de patrullas, Breno sacó las últimas hojas, con los partes cotidianos.

Entonces, pudo saber la verdad de aquella contaminación.

Pasó las notas a Tasso, que leyó igualmente. Luego, comentó:

—Es un fenómeno que puede ocurrir en todas las galaxias —murmuró.

Breno-47 asintió:

—Ninguna generación puede ser eterna. Cada día ocurre el fin de algún mundo, o de algún sistema planetario entero. Las causas pueden ser diversas, la guerra, los elementos el envenenamiento de la atmósfera… Tal vez los gases producidos por el estallido del planeta
Jun-Gan
.

Hizo una pausa, y salió al exterior. Aquel silencio, aquella soledad, imponía respeto, por lo sobrecogedor.

—Sí… No importa el motivo; el fin debe producirse de un modo u otro. Algún día, otras gentes descubrirán esto. Quizá la atmósfera se haya purificado, y entonces volverán a poblar el planeta. Intentarán averiguar sus antecedentes. Encontrarán escritos que no

entenderán, e irán traduciendo, de generación en generación. Se perderán muchos detalles importantes, surgirán otros que no serán verídicos, y, al fin, muchas generaciones después, llegarán a saber algo de nosotros, y prosperarán, llegarán a un punto máximo de madurez, y al fin volverá a ser el mismo… En todas partes está escrito.

—¿Qué haremos ahora, Breno-47? —inquirió Tasso.

—¿Recuerdas Juno?

—¡Cómo no!

—Volveremos allí. Nos acogerán bien. ¡Hemos tenido suerte! Otros compatriotas andarán quizá perdidos por el espacio. Es posible que hayan muerto. Nosotros seguimos vivos.

—¡Los únicos supervivientes! —exclamó Tasso.

—Es posible que lo seamos.

Echaron un último vistazo a los contornos, antes de dirigirse a la nave.

Repostaron. Combustible, sí había. Llevaron una carga abundante, y todos los datos de posible interés.

Cuando Breno puso el bólido en marcha, murmuró:

—Mira bien esto. Es la última vez que lo vemos.

Más tarde, ya en pleno vuelo, Tasso murmuró:

—¡No comprendo por qué, en Filmor, las naves de los que pretendían ponerse a salvo estallaron!

—Pues es fácil. Filmor sólo dispone de algunas naves para viajes cortos, pero no de las suficientes para evacuar a todo un planeta… Al comprobar la contaminación de la atmósfera, decidieron reproducir las naves, y, al llegar fuera de la zona de atracción, estallaron; por eso Spyrus trabajaba ardorosamente en el proyecto para buscar el fallo. Sin duda, a fin de transmitirlo a otros planetas de nuestra galaxia, afectados por la contaminación.

—¿Crees que el profesor Andrewich conseguirá encontrar la clave?

—Tal vez. De todos modos, con el material que me he llevado, ya tiene tema suficiente para trabajar de firme.

Y la nave siguió su rumbo.

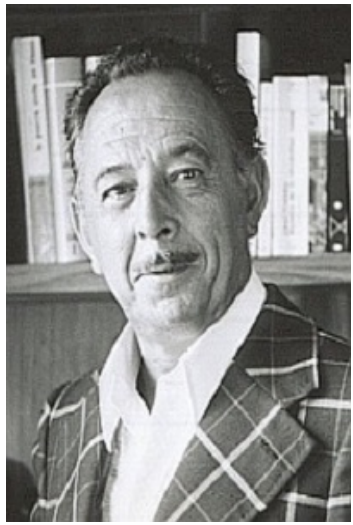
Un sistema había quedado inhabilitado, pero en otras partes, en los más recónditos confines, nacerían nuevos mundos o empezarían a ser poblados otros planetas, después de una época de inactividad.

En Nueva-Tierra concluiría una guerra, y los hombres se prepararían para otra.

Y el vehículo espacial continuaba viaje hacia Juno. En ella, dos hombres iban a empezar una nueva vida.

En Juno, una mujer sonreiría, al ver aparecer en el espacio aquella inconfundible nave triangular, pilotada por el hombre de la IV galaxia.

FIN



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana. Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H. S. Thels, W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidéreo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1]() *«Light Amplification by Stimulated Emission of Radiationl». Nombre original cuyas iniciales forman el anagrama LASER.* < <